

La Religión de los Hanksis

Carlos Sabino

Novela. Ciencia Ficción.
Ed. Panapo, Caracas, 1989, 232 págs.



2

He

Hankl había manifestado, con entera claridad, que no estaba dispuesto a dirigirse al público a través de la televisión-directa: quien quisiese oírlo debía llegar hasta donde él estuviese. Había hablado también de su sueño de una nueva religión, de esa especie de delirio constructivo que tanto lo había ayudado a sobrellevar su encierro. Ahora eran palabras que se debatían y se recordaban, inesperadamente, en todos los lugares habitados. Había sembrado algo.

Ana y Will se sentían maravillados por la forma en que su amigo había cambiado, pero conservaban el afecto imperturbable de los viejos tiempos. Con cariño dispusieron todo para que él pudiese dirigirse, al día siguiente, a quienes vinieran a escucharlo. La sala comunal ya no podía seguir usándose para tal fin, por lo que habilitaron un antiguo depósito minero que tenían en las afueras, cerca del lago, para celebrar las reuniones. Con asombro descubrieron que, aún antes del demorado amanecer, personas de toda condición trataban pacientemente de reunirse con Hankl.

Pero había un cambio sutil: el público del segundo día era diferente porque buscaba otras palabras, tenía inquietudes y preguntas muy distintas a las de la noche anterior. En la vieja construcción se agolpaban ahora aquéllos que habían encontrado algo más que una aventura espacial en el relato del hombre del espacio, los que sentían una emoción singular que los aproximaba mágicamente a esa figura delgada, que parecía mirarlos casi con sorpresa.

Hankl había visto ya, esa mañana, la grabación de lo que fuera su histórico mensaje. No se mostró sorprendido ni molesto por la infidencia de la TVD, sino más bien divertido, como ante una travesura que resultara

preferible no comentar. En el viejo galpón, mientras tanto, la multitud permanecía viendo la copia de la TVD, adaptándose como podía a tan inapropiado lugar. El frío parecía acercarlos aún más, mientras la voz de Hankl -la de la grabación- resonaba en el alto recinto. Cuando él llegó, cerca del mediodía, vestido con una túnica roja que contrastaba con sus pantalones negros, sonrió complacido. Elevó su voz para interrumpir su propio discurso y habló, más emocionado aún que el día anterior, firme, confiado:

-Y es cierto eso. Yo estaba completamente aislado, condenado a la que consideré la peor muerte imaginable, a la desesperación que produce el incesante hastío. Decidí ocupar mi tiempo, esa infinita distancia entre mi ser y los otros, y comencé a leer. Memorizaba, comparaba los textos, analizaba el significado de tantas cosas que me resultaban incomprensibles o carentes de sentido. Encontré pronto que toda esa creación humana era un titánico esfuerzo encaminado a combatir la muerte, a hacer aceptable la indestructible idea de la muerte. Y que la auténtica sabiduría no era concebible sin ello: de poco nos sirven las ecuaciones de Wung si no sabemos cómo morir.

Hankl hizo una pausa, mientras la gente permanecía atenta, como en tensión, esperando su palabra. Entonces él cambió de tono, se volvió más íntimo, más directo:

-Comencé a ver a Júpiter de otra manera. No como antes, cuando era un simple navegante del espacio, sino en toda la variedad de colores y de cambiantes formas que posee, percibiendo su brillo que allá, desde mi cápsula, superaba al del Sol. Y luego me dediqué a imaginar: qué hubieran dicho Moisés, o Siddhartha Gautama, si hubiesen visto lo que yo estaba viendo? ¿Qué hubiesen pensado de tener mis conocimientos sobre el planeta, sobre tantas otras cosas que para ellos eran misterios absolutos e impenetrables y que yo, como ustedes, aprendí en las escuelas libres? Y eso fue, desde entonces, lo que traté de hacer: un nuevo Corán, o un nuevo Adi Granth que conservara el sentido profundo de la religiosidad humana, pero sin el lastre de la ignorancia que atormentaba de tal modo a aquellos hombres, los profetas fundadores. Una religión que se reconciliase con nuestra química y con nuestra física, que fuera capaz de recordar las masas de hidrógeno que componen el universo y las moléculas complejas de carbono de las que estamos formados, de ese carbono que se crea en el seno de las grandes estrellas de las que todos provenimos y que por eso son, en definitiva, nuestras remotas madres.

Hizo un gesto amplio con los brazos, invitando a los demás a que hablasen. El intenso color de sus vestiduras destacó aún más su delgadez, la profundidad de sus ojos, la placidez de su semblante. En su boca, sin embargo, se apreciaban ya los signos inequívocos de un cansancio profundo.

Muchas fueron las preguntas y, como era previsible, también divergentes. Había quienes todavía querían saber los nombres de los responsables de la olvidada catástrofe de la Betelgeuse, quienes le preguntaban sobre Dios o sobre la forma de adherirse a esa nueva religión, quienes deseaban -afanosos- transitar por los detalles de la vida en el espacio. Pero en casi todo lo que se decía, en el ambiente cargado del arcaico galpón, flotaba algo que maravillaba a Hankl y sorprendía a los amigos que tenía a su lado, a Ana y a Will: lo que dominaba no era la curiosidad sino la fe, era un sentimiento intensamente religioso el que se desplegaba ante Hankl y daba origen a los interrogantes sobre aquello que él, implícitamente, acababa en realidad de proponerles: la gente *quería una nueva religión*. Para eso había venido.

Entonces Hankl comenzó a responderles. Ignoró todo cuanto tuviese que ver con preciosismos tecnológicos o debates jurídicos, y a los que parecían no entender el carácter místico que podían poseer los elementos químicos les dijo:

-Claro, yo lo sé tan bien como ustedes, no hay nada de sobrenatural en las moléculas o los variados átomos, no hay nada que pueda, en apariencia, motivar nuestra fe. Pero la ciencia no puede aclararnos por qué tenemos una sensación inexplicable, oceánica -como decían los antiguos- cuando nos detenemos a contemplar el asombroso Universo. Nada nos dice sobre ella, aunque tampoco la niega, ni nada podrá decirnos nunca acerca de la propia existencia de las cosas. Y a los que vuelven sobre la idea de Dios, o de seres que son en verdad como inconcebibles fantasmas, les digo que tampoco es necesario inventar un mundo de ficción para poder seguir creyendo, porque tenemos, inmediatamente ante nosotros, algo aun más misterioso e infinitamente más real. La nueva religión no puede olvidar las profundas verdades de las religiones anteriores, los mensajes de paz, de amor y de perfeccionamiento interior que hay en todas ellas; pero debe alejar su culto de cualquier fantasía insana y recordar la preeminencia de los indestructibles elementos del Cosmos, que son el fundamento de todo lo que conocemos.

Después de aquellas palabras la reunión, convertida en algo diferente, no quiso dispersarse. Quienes sentían deseos de orar o de cantar

encontraron, para su desconcierto, un obstáculo imprevisto: no había ninguna oración o salmo que pudiera adaptarse a las nuevas circunstancias, nada cuyas palabras no aludiesen a dioses o seres sobrenaturales, a la forma de culto de las religiones existentes. Alguien, sin embargo, encontró una solución eficaz y sencilla: comenzó a entonar, omitiendo la letra, la melodía de un himno católico bastante poco conocido, una música dulce y envolvente que fue seguida por muchos. Se trataba de un hombre alto, corpulento, de pelo y cara casi rojos; parecía habituado a dirigir a los demás, a desempeñar con facilidad el papel de guía espiritual.

Entretanto, varios amigos de Ana y Will, junto con algunos de los participantes más entusiastas, habían comenzado a preocuparse por delinear algo así como un comité de recepción que les permitiese acoger a los visitantes y disponer los encuentros con Hankl. Agrupados cerca del sitio desde donde él había hablado conversaban animadamente, trazando planes de lo que ellos concebían como un movimiento religioso destinado a extenderse por todo el ancho mundo. Hankl Ozay, en completo silencio, percibía cómo sus sueños del espacio iban adquiriendo la forma concreta de las cosas de la Tierra.

Ferra había pasado una semana memorable, la peor de su vida. Estaba libre, lejos por fin de aquella institución milenaria a la que tanto amara y que, por lo mismo, lo había decepcionado tan hondamente. Pero no hallaba la paz: en vez de un horizonte de posibilidades plurales, del goce de quien puede demorarse en escoger, se sentía acosado por una irrefrenable inquietud. Estaba demasiado solo.

Deploraba la forma en que habían concluido sus diferencias, tan innecesariamente áspera y brutal, pero recordaba aún con exasperación las palabras arrogantes del obispo; y eso le provocaba aún más exasperación, porque había perdido la calma hacia el final, cuando menos resultaba útil, cuando ya la discusión carecía por completo de sentido. Se sentía por momentos culpable y eso era en realidad lo peor: de todos los sentimientos humanos el que menos quería para sí era el de la culpa, porque la culpa significaba aceptar que, de algún modo, eran los otros quienes tenían la razón.

Entonces, esa noche de persistente vigilia, lo vio por la TVD. Era una transmisión confusa que despertó su atención porque parecía cosa de aficionados: el hombre joven, de mirada indefinible, como dirigida hacia un punto que los demás no alcanzaban a ver, hablaba en medio de un

auditorio estrecho, colmado de gente. Permaneció, sin saber por qué, contemplando la escena, escuchando sin mucha atención las palabras del desconocido: una aventura espacial como tantas, según creyó al principio; un relato sincero, que se podía oír si uno padecía de insomnio y no quería acogerse a las prescripciones de quienes nada entendían de la vida; una disertación sobre temas religiosos fundamentales que resultaba profunda a pesar del lenguaje impropio en que se expresaba. Poco a poco Ferra, fascinado por algo tan extraño, fue dejándose subyugar por lo que veía y oía, penetrando el ambiente de la remota reunión, mientras olvidaba la angustia y la frustración que lo atormentaban. Pudo esa vez dormir y, felizmente, despertar relajado, como si ya lo peor de su ansiedad hubiese pasado. Pocas hora después, hastiado de recorrer el círculo obsesivo de sus pensamientos, se dispuso a partir hacia Yellowknife. Nada podía perder, se dijo, acercándose a lo poco de nuevo que en materia de fé surgía en este mundo.

Logró penetrar en el galpón y ver al predicador, al Hombre del Espacio, que no logró convencerlo aunque sí alcanzarlo con el magnetismo directo de su voz. Pero al final, seducido por el fervor que sentía como una corriente de vida entre la gente, doblegó sus reservas. Con su voz firme y educada por años de práctica comenzó a modular el Credo de Botswana, una olvidada canción litúrgica del siglo pasado. Fue ese el momento decisivo: pocos instantes después se agregaba al núcleo de quienes discutían, con pasión para él olvidada, el rumbo que habría de tomar la religión naciente. Feliz por poder participar en tan insólita experiencia se sintió alcanzado por un signo propicio, pues a pocos les es dado llegar -se dijo- en el propio instante en que un nuevo amanecer comienza.



3

Li

Es irrazonable pensar en Dios como en una certidumbre, basar en su existencia el entero edificio de una religión. Dios no puede ser afirmado ni negado, y de nada nos sirve la fe en mitos o seres imaginarios. Cuanto más conozcamos nuestro universo más cerca nos hallaremos de aquello a que las religiones han dado el nombre Dios.

De Confesiones y Recuerdos, por HANKL OZAY

Siguieron días confusos, agitados, en los que la ciudad del norte pareció estremecerse: su breve historia no registraba conmoción semejante. Los viajeros llegaban por todos los medios concebibles, multiplicándose sin cesar, esperando ansiosos una oportunidad para asistir a las sesiones que se desarrollaban en el antiguo galpón, donde no cabían más de doscientas o trescientas personas a la vez. Pronto debieron esperar varios días para tener el privilegio de ver al Hombre del Espacio, de conocer sus relatos, que siempre variaban de algún modo en forma y contenido. Los visitantes, pronto, comenzaron a llamarse a sí mismos peregrinos, y aumentaron en tal número que provocaron cierta alarma en las autoridades de la ciudad. Nadie estaba preparado, en Yellowknife, para recibir a una muchedumbre semejante.

Cada tarde Hankl Ozay insistía en su mensaje, diáfano, evadiendo con cuidado la tentación de aceptar el sincretismo: no cedía ante quienes le hablaban de un Ser Supremo, una inteligencia divina o un Dios omnipotente, a pesar de que sabía que eso podía restarle muchos adeptos y que compartía, de algún modo, lo que la piedad de los otros trataba de manifestarle. No transigía con ninguna prohibición y, en materia de sexo, se apartaba de lo que parecía ser el usual mensaje religioso de esos tiempos: él no era un predicador ocupado en vituperar las costumbres corrompidas de sus contemporáneos, sino uno más de esos hombres comunes sobre los que caía la crítica religiosa, aunque en realidad sutilmente diferente. Aprobaba en principio todas las formas conocidas de conducta porque -decía- *el sexo no es más que un remedio imperfecto para la soledad del hombre*. Por eso aceptaba cualquier tipo de relación que tuviese lugar *entre seres humanos libres*, tolerando de buen grado la poligamia, la poliandria o la homosexualidad, pero advertía contra las usuales prácticas que llevaban al hombre a depender de fantasías electrónicas, porque ellas provocaban placer -decía- pero conducían en definitiva a la soledad y al odio.

Hankl había tenido un sueño recurrente, cuando habitaba su cápsula-satélite, un sueño que era a la vez pavoroso y excitante: galopaba veloz, vestido como un árabe, acompañado por un grupo de fieles seguidores y por la mujer más bella que pudiera concebirse; a lo lejos, desde un acantilado vociferante, se divisaban las siluetas de sus perseguidores. A veces Hankl se despertaba en ese punto pero, en otras ocasiones, la ensoñación continuaba, bifurcándose asombrosamente: era crucificado como el Cristo, en medio de imaginativos tormentos pero, a la vez, se veía a sí mismo hablando desde un altísimo estrado, extendiendo los brazos sobre una multitud que no alcanzaba a cubrir con la vista y a la que oía entonar cánticos de devoción profunda.

-Hay muchos días en seis años -había dicho a Will una de esas noches, cuando comenzaba a comprender que su sueño podría consumarse-. Todavía me parece irreal estar aquí, caminar, conversar contigo, beber vino. Y ahora encuentro además que es como si hubiesen estado esperándome. Creen en mí a pesar de que, como tú sabes, no digo nada nuevo.

-Tal vez es eso Hankl, no las palabras sino los años que pasaste meditando. Es como en las antiguas historias de los profetas del desierto. La soledad del espacio es aún más profunda; y es por eso que tú tienes la convicción que los otros jamás podremos tener, esa fuerza interior que hace que seas diferente, aunque nos digas lo que ya sabemos. Tal vez por eso te siguen, porque has pasado una prueba que nadie se atrevería a soportar.

Sin que él se lo propusiera expresamente, en el curso de algunos pocos días, Hankl comenzó a delinear lo que serían los preceptos del naciente culto. Todo se conjugaba para ello. Un pequeño grupo de amigos -de fieles, casi- le proponía siempre nuevos y crecientes desafíos: había que dar un mensaje claro para los peregrinos que retornaban a sus tierras, mantener comunicación con quienes querían llegar a la ciudad, resolver dudas en relación a la liturgia, porque los peregrinos reclamaban alguna forma definida de liturgia. Las preguntas de estos eran, en realidad, la principal fuente de su inspiración:

-Hermano, yo no tengo valor para pensar que no hay nada más allá de nuestra vida. ¿Qué puedes tú decirme? -le había preguntado en una ocasión una alta jóven oriunda del sur del continente.

Otras veces las cuestiones eran concretas, pero no por eso menos complejas, como la que le había hecho un anciano japonés de fina barba:

-Creo en lo que has dicho, Hermano Ozay: me gusta una religión que no tiene jefes ni predestinados, que venera también a los antepasados ilustres. Pero entonces, ¿cómo haremos para mantenernos juntos y no perdernos? ¿cómo podremos organizarnos para rendir culto al espíritu grandioso del Universo y a las madres estrellas?

A todo, Hankl, con su prodigiosa paciencia, sabía encontrar respuesta. Pero no sólo eran celebradas sus opiniones, siempre ponderadas y firmes, sino también sus silencios, las ocasiones en que había dicho, llanamente:

-No sé que decir a eso, hermano. Tendré que pensarlo.

En este difícil comienzo lo ayudaba el pequeño grupo de adeptos que se reunía a su alrededor, los pocos que parecían dispuestos a dejarlo todo por la nueva fe: Ana y Will que seguían siendo, aún después de algunas semanas, sus anfitriones en Yellowknife; Ferra, con su intuición para los rituales y con su profundo deseo de servir; y una joven, Gwani, que era capaz de transmitir su disciplinado entusiasmo al reducido grupo. Ellos, y algunos otros más -como Swende, la hermana de Gwani, y el dinámico Du Nott- habían comenzado a llamarlo, casi sin querer, "El Profeta del Espacio". Después de un mes, sin embargo, ya Hankl era, para todos en la ciudad del norte, simplemente El Profeta.

Gwani vivía como en una fiesta permanente mientras arribaban los viajeros de todas partes del mundo, encontrando con satisfacción un nuevo modo de sentirse viva, asumiendo sin darse cuenta un papel crucial en la organización del movimiento en germen. Nada había cambiado en ella, en su alegre e intensa forma de hablar, en sus modales despreocupados, que no excluían por cierto el constante razonamiento y la lúcida apreciación de quienes la rodeaban. Había dejado un trabajo complejo en la sección social del municipio de Yellowknife por los avatares de acompañar a un incipiente profeta en lo que todavía no era capaz de definir y de entender plenamente, pero tenía la certeza, sin duda envidiable, de saber que era eso, exactamente, lo que quería hacer en su vida. Distinto era el caso de su hermana Swende.

Ninguna tecnología se ha creado todavía que permita, a cualquiera, componer buena música. Pero para aquellos que saben entenderlo, el Musint, el sintetizador múltiple que puede ser tocado con la boca y las manos, es una singular maravilla. Swende, desde pequeña, lo había comprobado. Era en tantas cosas la antítesis de su hermana que todos habían aceptado sus modales indolentes, su alejamiento de los grupos de niños y de jóvenes, su desapego ante el sexo. Por eso Gwani entendió perfectamente su escaso interés por lo que a ella le había parecido una experiencia fundamental: la sesión en que Hankl, recién llegado del espacio, había contado sus aventuras espirituales.

Swende aceptó acompañar a su hermana a las reuniones, se detuvo en observar las variadas olas de peregrinos que iba conociendo y, por fin, se incorporó con reservas y sin mucho entusiasmo a la naciente fe. Atravesaba una crisis de creatividad, un período en que nada agradable

parecía salir de su Musint y en que repetía, como una niña, una y otra vez las mismas melodías inconclusas. Sus experiencias con la música orgánica -con esas complejas estructuras que permiten al oyente ir modificando lo que escucha de acuerdo a las cambiantes densidades de cada hormona presente en su sangre- habían sido un completo fracaso.

El cambio vino para ella después, semanas más tarde, cuando conoció la figura misteriosa de Andreas Du Nott. Gwani había entablado con él esa amistad fácil de quienes se reconocen mutuamente como seres semejantes; le impresionaban su vitalidad y su fuerza, la precisión de su juicio frente a los hombres y las cosas. Swende, en cambio, había percibido en él algo oscuro e indescifrable, que la perturbaba y atraía al mismo tiempo. Antes de verlo por tercera vez sabía, a pesar de todo el cinismo con que siempre se hablaba de esas cosas, que estaba profundamente enamorada de él.

Pieri Dukkuk miraba al senador Dowwe con asombro, como si dudase entre insultarlo o reírse:

-No puedo creer que usted me lo pida, senador. De verdad, parece una broma de mal gusto.

-Pues no lo es; se trata de algo serio-. Se detuvo un momento:- No tengo más remedio que aceptarlo: usted es la persona que necesitamos.

-Es difícil dejar de pensar que en su propuesta hay una segunda intención, que es como una especie de trampa, aunque tal vez muy sutil. Comprenderá que no puedo llegar así, súbitamente, a un compromiso con usted.

-Tal vez le resulte difícil aceptar un acuerdo con nosotros, lo entiendo. Pero las cosas cambian con tanta velocidad en este mundo!. No se trata de una trampa, Dukkuk: sé perfectamente que usted no es un ingenuo porque ya me lo ha demostrado muchas veces. Si tratara de engañar a alguien, se lo aseguro, no hubiese venido a visitarlo justo a usted. Es más simple de lo que parece: creo que es el único que puede ir hasta allí, mezclarse con ellos, participar en el culto y luego decirnos en verdad lo que sucede.

-No; hay docenas de agentes mejor preparados que yo, menos conocidos además, que podrían hacerlo. No se olvide que estoy bajo proceso, un proceso que ciertamente usted inició hace ya dos años, y

paso la vida entre prohibiciones y tribunales. Soy un elemento peligroso ¿no es así?, que atenta contra los privilegios nacionales, que creó una unidad indisciplinada e ilegal, que no acepta las normas...

-Dukkok, deténgase, no me lo haga más difícil. Así es la persona que necesitamos-. Dukkok, levemente, sonrió-. Alguien con independencia de criterio, sin regionalismos de ningún tipo, bien preparado. No queremos un informe de rutina sino algo más...

-Bueno, yo en materia religiosa no soy ningún experto.

-No es la *materia* religiosa la que nos interesa, sino la inteligencia política, y hasta quizás militar. La zona en que están los estelares es estratégica, y ahora se encuentra bastante lejos de nuestro control; todos los días hay disturbios en la ciudad.

-¿Los estelares?

-Sí, los que siguen a ese profeta, al astronauta que pasó seis años en una cápsula de salvamento. El hombre ha provocado una auténtica convulsión.- El senador adoptó entonces un tono persuasivo-: Le voy a decir algo: para mí ya no es tan importante el juicio que se le sigue. Creo que todos saldríamos ganando si usted fuera hasta allí e hiciese un buen trabajo. Podríamos terminar este odioso asunto y entender un poco mejor lo que sucede con esa gente...

-Déjeme pensarlo un poco, de todos modos. Tengo que asegurarme de lo que hago.

-Eso es lo único que quiero evitar, la pérdida de tiempo. Mire, me he reunido con mis asesores y puedo ofrecerle condiciones favorables, auténticamente generosas. Si usted se decide antes de cuarenta y ocho horas le prometemos levantar todos los cargos en su contra, publicar la información precisa para mejorar su imagen y pagarle además los gastos. Podríamos reincorporarlo también al Servicio, y hasta dejarlo partir con dos o tres de sus hombres, si eso fuera importante.

-Eso último no. Si voy allí quiero estar sólo, sin interferencias. Y no me interesa ya ser agente de nadie. Aceptaría esta misión como si fuera, digamos, una misión libre.

-Lo reincorporaremos como miembro emérito, ¿está bien?

-Y tampoco quiero publicidad alguna. Prefiero que no me elogien, sería demasiado obvio.

-Lo haremos después, por supuesto, y sólo muy discretamente.

-Bueno, en este caso no necesito las cuarenta y ocho horas. Apenas estén los papeles legales en mi poder partiré inmediatamente.

-Precisamente aquí los tengo.

El grueso senador abrió entonces, con visible satisfacción, su pesado portafolio de cuero color caramelo.

Yellowknife, en invierno, conservaba todavía un aire arcaico. Tenía viejos sistemas de clima artificial que no abarcaban más que una parte reducida de su casco central y el lago helado, con el fondo de los pinos a lo lejos, resultaba de un encanto perturbador. Dukkok llegó en la noche pero, aún así, encontró claros síntomas de la conmoción que recorría a la ciudad. En el gran salón de llegada se confundían las caras de algunos peregrinos -distinguió una enorme cantidad de coreanos- con las de otros grupos menos pacíficos. Una o dos docenas de árabes conversaban acaloradamente en la recepción, negándose a entregar toda arma, mientras también un alto rabino, de negra barba, parecía intervenir de algún modo en otra disputa. Grandes imágenes holográficas (cuatridimensionales) mostraban un símbolo que luego iría a ver miles de veces: sobre un fondo azul aparecía el dibujo plateado de una galaxia y, superpuesta, la figura estilizada de un átomo de carbono: una esfera negra en el centro y seis círculos más pequeños de intenso tono rojo a su alrededor.

Pieri se sentía relajado, disfrutando casi de su misión. No veía por el momento ningún peligro en ella sino más bien un afortunado pretexto para resolver sus problemas, aunque sabía, por cierto, que podía esperar casi cualquier cosa de un hombre como Dowwe. Si no hubiese sido por esos locos de los estelares todavía tendría que haber permanecido en Mahón, se decía, preparándose para una nueva citación ante la Corte Confederal, acosado siempre por el grupo de poderosos burócratas que se había empeñado en destruir su trabajo al frente de la sección de inteligencia del Servicio. Sonriendo para sí mismo se propuso no ser despectivo para con los estelares. Ellos le habían proporcionado la oportunidad impensada de escapar de aquel maldito laberinto legal.

Una religión nueva no era algo muy interesante para Dukkok y no entendía por qué habría de serlo para ninguna otra persona. Demasiadas habían surgido ya en el último siglo, algo así como unas treinta, según los informes del compucom, al que consultó ociosamente durante el viaje a Yellowknife. Ninguna, por lo que pudo entender, había podido ir muy lejos, más allá de algunos cientos de miles de adeptos; casi todas parecían ser cismas de antiguos credos, tentativas de sincretismo o fugaces llamaradas de devoción ante nuevos profetas. Estas últimas eran, entre todas, las creaciones de menos trascendencia, pues casi nunca sobrevivían a la muerte o a la trivialización de sus iniciadores. Sobre Hankl Ozay, en cambio, el compucom no le había proporcionado ninguna referencia de interés: sólo una vieja foto y la lista de los cursos de astronáutica que había aprobado antes de 2137.

Mientras caminaba lentamente, mirando a su alrededor con parsimonia, se le acercaron dos mujeres. Ambas llevaban en su pecho el colorido emblema del carbono que se podía ver en las holografías; la menor, bastante joven, le dijo con una ancha sonrisa:

-Necesita ayuda, hermano?

-Bueno, me parece que sí, es la primera vez que vengo a esta ciudad. ¿Ustedes son... estelares?

La sonrisa de las dos se convirtió en abierta carcajada:

-Puede llamarnos así, si le parece. ¿Está interesado en la nueva religión?

-No, vengo aquí por algunos negocios... -Vaciló un momento, como si le costara decirlo, y añadió:- Aunque sí, en realidad, no puedo negarles que hay algo que me atrae en todo esto. Hice el viaje personalmente en vez de enviar a mis asistentes porque tenía curiosidad; se dicen tantas cosas contradictorias... no sé...

Brevemente le dieron la bienvenida. Le recomendaron un hotel confortable donde se encontraría con otros peregrinos y estaría a salvo de los perturbadores, y se despidieron de él con afecto, indicándole la forma en que podría comunicarse con ellas. Pieri, al ver la expresión encantadora de la más joven, que era Gwani, empezó a preguntarse con malicia hasta dónde llegaría la libertad sexual de los nuevos conversos. En verdad, se dijo, había pasado los últimos meses en medio de una extremada y agotadora tensión que lo había apartado de todos los placeres de la vida.

Al llegar al hotel, sin embargo, sufrió una pequeña decepción: no había forma de entrevistarse con Ozay sino en sesiones grupales y, si tenía suerte, le dijeron, podía participar en una de ellas dentro de dos meses. Los estelares no poseían una organización formal, de modo que no podía acercarse a alguna persona con poder en la jerarquía; no existía tal jerarquía. Sólo había eso, en los hoteles, una especie de servicio de reservación que asignaba un turno a los interesados y un grupo de adeptos que se encargaba de promover las prédicas de Hankl y se congregaba en reuniones casi diarias.

Decidió cambiarse, para enfrentar el recio frío, y comer algo en el centro de la ciudad. Era una breve caminata. Su paseo le mostró lo que nunca antes había visto: una ciudad enteramente poseída por la efervescencia religiosa: grupos de peregrinos cantando, gente por todas partes, discusiones serias en los bares y los sitios de recreo. El símbolo de los estelares se veía en los lugares más inesperados, ya en proyecciones láser o en *lumenias*, ya en toscos dibujos sobre las paredes. Conversó con varios de ellos y también con musulmanes y sikhs, con católicos y budistas. De regreso asistió a una descomunal gresca a la salida de un prostíbulo: la policía local, totalmente impotente, sólo fue capaz de poner orden luego de que varios cuerpos yacieran sobre la calzada de plástico blanco. La violencia era mucho mayor de lo que él había imaginado y, por momentos, parecía incontenible.

Esa fue su primera sorpresa. Para quien nunca había visto disputar a los hombres por cuestiones de fe aquello resultaba asombroso y perturbador. Pudo enterarse de que el número de peregrinos superaba ya, en esas pocas semanas, la cifra de varias decenas de millares. Llegaban desde todas partes, guiados por la devoción, escapando de sus dudas y de su soledad, transitando el planeta siempre en busca de algún nuevo espejismo; eran muchos los que veneraban a Hankl aún antes de conocerlo. El nuevo profeta atraía también a grupos organizados, como el de unos maronitas de Siria que decidieron incorporarse formalmente a la nueva confesión para descubrir que no existía aún un rito establecido. Pero estaban también los otros: los que llegaban movidos por el odio, los que no aceptaban que se negara a Dios así, abiertamente, y veían en el nuevo culto una ofensiva prédica libertaria, o simplemente el renovado y persistente error satánico.

Ni el gobierno de las Naciones Federadas ni ninguna religión existente tenían poder para contener la marejada de peregrinos que había cambiado, tan pronto, la faz de la ciudad. Los edictos sobre libertad religiosa impedían cualquier forma de censura que pudiese ejercerse sobre el mensaje de los estelares. Pero tampoco tenían poder sobre

aquellos que sentían como algo blasfemo la prédica de Ozay y llegaban también a la ciudad con otros fines. A pesar de su apasionada censura a la violencia, en cualquiera de sus formas, Hankl había tenido que aceptar que sus palabras desataban intensas pasiones, que su persona era ya venerada pero también cubierta de improperios.

En la semana siguiente Dukkok, que se había registrado como Andreas Du Nott para proteger su anonimato, vió crecer los enfrentamientos. Llamó a Gwani, la muchacha que conociera al llegar, y tuvo oportunidad de asistir a una reunión que prefiguraba el culto naciente: en un salón de una casa de las afueras un jóven alto, de barba espesa, les habló pacientemente, explicándoles que la religión de los ecumenistas estelares -o del carbono, como algunos la llamaban- se oponía definitivamente a toda violencia. Una similitud con los budistas y los primeros cristianos, anotó Du Nott no muy sagazmente. Las preguntas llegaron en rápida sucesión:

-¿Y si tratan otra vez de incendiar al galpón?

-¿Qué hay que hacer si te golpean en la calle, Johnne?

-!Van a tratar de matar al profeta y nosotros no podremos hacer nada! -exclamaba preocupado un hombre corpulento.

Johnne, con calma, respondía:

-Hay que defenderse, hermanos, no confundamos las cosas. Hay que luchar con toda nuestra fuerza pero sin violencia.

-No debemos caer en provocaciones estúpidas -agregaban otros.

A Andreas, que se había colocado en el cómodo papel de observador, le gustó la reunión: era fresca y espontánea, ágil, sin formalismos innecesarios. Pero además se sentía complacido por otra circunstancia: a su lado se había sentado Swende. La muchacha, ese primer día, lo impresionó con la madurez de sus comentarios pero aún más, realmente, con la dulce y reservada expresión de su rostro.

Al siguiente día, y luego de una larga charla con Gwani y Johnne -que parecían conformar una inestable pareja- comenzó a redactar su informe; ya había visto bastante de los estelares como para poder formarse una idea precisa acerca de ellos. Lo pasó directamente por el

compucom al propio senador Dowwe, que lo atendió con una sonrisa y lo leyó con evidente interés. Luego de hacerle varias certeras preguntas, que mostraban lo bien informado que estaba, el obeso político concluyó:

-Dukkok, veo que ha sido tan eficiente como yo esperaba. Todos los detalles son precisos y el panorama general resulta mucho más claro que cuando uno recibe noticias o informes impersonales. Pero dígame, en definitiva, ¿qué piensa de todo esto?

-Si quiere la verdad, se la diré: todavía no entiendo para qué me han mandado aquí. Cualquier sociólogo podría haberle hecho una descripción más profunda.

-Hubieran tardado semanas en comenzar, y no me hubieran dado el auténtico sabor de lo que ocurre.

-Pero existen también los periodistas...

-Dukkok, Ud. ha salido ganando con todo esto, verdad? ¿De qué se preocupa?

-Me preocupo porque no veo en qué sale ganando usted.

Una sonora carcajada llegó por la transmisión, mientras la amplia figura del senador le daba la espalda.

-Sé que hay algún motivo por el que me quieren tener lejos de Mahón - insistió Dukkok.

-No dramatice, mi amigo, usted no es el centro del universo. Puede volver por aquí cuando se le antoje.

-Piensan mandar tropas a Yellowknife?

-No sé, eso no depende de mí, aunque puede ser necesario. Según su propio informe la situación tiende a agravarse, y el movimiento es más fuerte de lo que pensábamos. Creo que la misma escasez de rituales les da una fuerza que no tienen otros cultos. Su crecimiento es realmente rápido, ¿verdad?, aunque no veo que atenten para nada contra la Federación.

-Sí, además les falta por completo el sentido de la organización.

-Creo que debemos conocerlos mejor; eso podría llegar, con el tiempo. Precisamente sobre ese punto es que quiero su próximo informe: sobre la forma en que se están organizando. Hágalo cuando, donde y cómo quiera. No se sienta atado por compromiso alguno. ¿Necesita más fondos?

-Oh, no, por favor. Soy un agente libre, como ya hemos dicho. Desde ahora en adelante actuaré por mi cuenta, exclusivamente por mí mismo. Pero le debo ese segundo informe, senador, y no faltaré a mi palabra.

-Eso es lo único que le pido, al menos por ahora. Siga con ellos y no se preocupe, todos saldremos beneficiados.



4

Be

El surgimiento de los Ecumenistas Estelares -o de los adoradores del carbono, como se los llamaba despectivamente- pareció a muchos un hecho intrascendente: la humanidad conocía ya, desde milenios, esos sentimientos religiosos que podían crecer como avenidas impetuosas, alimentados por signos propicios y hombres providenciales. Todos pasaban -sin embargo- en pocos años, quedando como curiosidades que sólo interesaban a los historiadores o los antropólogos.

Con la excepción de Dowwe y de algunos pocos otros, nadie prestaba ya atención a Ozay en el ambiente político de las Naciones Federadas. Brownez, el miembro más audaz y carismático del Gran Consejo Confederado, deploraba simplemente que ese muchacho no hubiese sido capaz de labrarse un futuro como senador, puesto que tenía el temple para hacerlo; sus aspiraciones mesiánicas le resultaban algo disparatadas, y pensaba que la permanencia en el espacio le había alterado a Hankl ese sentido de la proporción que es indispensable para lograr los éxitos que pueden alcanzarse en esta vida.

La actitud oficial ante el nuevo movimiento había combinado, como siempre, la tolerancia y la poca disposición a la acción: sólo ante los crecientes disturbios en esa remota ciudad nórdica las Naciones Federadas habían advertido a Hankl Ozay sobre la inconveniencia de caer en excesos verbales que pudiesen estimular a sus adversarios. También había proclamado, dirigiéndose a éstos, que no aceptaría

ninguna forma ostensible de violencia. Un pelotón de soldados, con los legendarios cascos azules del siglo XX, se desplazaba ya en las noches por los lugares más concurridos de Yellowknife, custodiando la preocupada ciudad y el galpón de los estelares, al que la antigua maquinaria minera en desuso daba en verdad un aspecto fantasmal.

Pero la situación pronto se tornó más compleja, escapando del control del alcalde Atgoll: sobre la ciudad convergía, como conjurada por el nuevo profeta, una heterogénea multitud de seres apasionados, inconformes, de toda edad y variada condición. Los encuentros callejeros eran cada vez más ásperos y desagradables. Al principio se reportaban diariamente los heridos, que eran el lamentable saldo de esas incontrolables pasiones; en las siguientes semanas comenzaron a contarse también los muertos. Hankl, a veces visiblemente deprimido, evocaba las aciagas disputas de la *Betelgeuse*. Casi todos los días morían algunos de los nuevos conversos, hostigados por fanáticos que actuaban bajo el impulso de sus pasiones, exacerbados por el clima de pugnacidad reinante en Yellowknife. Casi nada podían hacer las tropas federales ante la forma poco convencional en que se manifestaban los conflictos. Pronto, por desgracia, apareció algo peor.

No se trataba ya del simple estallido individual de la ira, o de las confrontaciones personales estimuladas por las drogas y la agresiva propaganda, sino de una especie de organización informal, que dio en llamarse "La Hermandad de Dios". Eran gentes de diversos credos que se sentían firmemente ligados, sin embargo, por una común aversión al ateísmo de los estelares. Su destino fue fugaz: en pocas semanas -antes de que hubiesen transcurrido dos meses- se dispersaron por sí mismos. Eran demasiadas las divergencias entre musulmanes, cristianos y judíos como para sostener una convivencia que sólo se mantenía por el compartido odio, y la "Hermandad" no pudo elevarse hasta merecer el nombre de tal.

Pero luego llegaron los sikhs, que demostraron ser por completo diferentes. No eran sikhs, en propiedad, puesto que no aceptaban la autoridad de quienes dirigían la gran religión que tan valientemente había luchado por su identidad durante el siglo XXI. Dowwe, ayudado por su equipo y por los datos que le enviara Dukkuk, pudo establecer que se trataba de un grupo disidente, renuente al "Compromiso de Agra" firmado en 2067. Las informaciones provenientes de Amritsar y Ludhiana indicaban que quienes habían viajado a Yellowknife no tenía relación alguna con la jerarquía de los sikhs: eran parte de una secta autónoma surgida de una discrepancia religiosa mucho más arcaica aún. Provenían de un grupo fanático que había abandonado a los Namdharis y que

creía en la antigua profecía que hablaba de un reino sikhs que abarcaría todo el mundo: Khalistán. Los *Desesperados* eran unos pocos fanaticos que se proponían combatir, con las armas si fuese necesario, a todo lo que se interpusiera ante ese sagrado fin. Obedecían ciegamente a su líder, un hombre bajo, de piel oscura y reluciente barba, que se hacía llamar *El Desesperado*. Su verdadero nombre era Rashawand Singh.

Hankl, entretanto, padecía una lucha interior que minaba constantemente sus fuerzas. Asistía con perpleja felicidad al crecimiento del número de sus adeptos: cada día sentía con mayor seguridad estar creando la religión de sus sueños. Pero el sueño era también la pesadilla aterradora que volvía en las noches cada vez más largas del invierno, el vaticinio oscuro de ira y de persecuciones que ahora también comenzaba a consumarse en las calles de la ciudad.

Alrededor de Hankl se extendía, poco a poco, el círculo de verdaderos fieles que lo rodeaban y lo reconfortaban a medida que la nueva religión afrontaba sus primeras difíciles pruebas. Allí había encontrado el amor y la devoción que lo colmaban ahora como un don, después de tantos años de soledad monstruosa. El deseaba ser libre en sus afectos y, por ello, se había atrevido a experimentar brevemente con la poligamia. Hankl Ozay era ya para muchos *El Profeta* pero, precisamente por eso, trataba de demostrar a los demás que el ascetismo, de por sí, no tiene un mérito particular: de nada nos sirve si nos impide expresar nuestro amor, afirmaba.

Ciertos peregrinos comentaban, incluso, que sus relaciones con Ana distaban ciertamente de ser fraternales. Los amigos de Hankl nada decían, salvo que para ellos la frase encerraba una especie de falaz contrasentido: una relación fraternal no debía prohibir sino quizás estimular -más allá del básico tabú del incesto biológico- el contacto sexual entre hermanos de credo. Así lo había expresado el profeta añadiendo una sólo limitación: por más que los bancos de material genético permitieran otra cosa, cada persona, en el curso de su vida, no debía tener más que un solo hijo. La norma se aplicaba por igual a hombres y a mujeres, y debía ser respetada en lo posible, porque de otro modo la humanidad no podría luchar contra la temida superpoblación y retornarían, como muchos ya lo advertían, los oscuros días del hambre y la miseria. Para los estelares el hacinamiento era la fuente más segura de violencia y, por eso mismo, también trataban de limitar las reuniones del culto a un máximo de noventa y dos personas. Pero ellos no estaban

preparados para la lucha contra enemigos aguerridos, para sufrir el acoso pertinaz de implacables fanáticos.

Los Desesperados, en cambio, exhibían una particular tenacidad. Durante los últimos días de enero comenzaron a atacar a los estelares despiadadamente, intentando llegar hasta el grupo más íntimo de los seguidores del profeta y desafiando sin dilación a los soldados federales. Despertaban, a pesar de su escaso número, un temor difícil de dominar. Una tarde lluviosa asesinaron fríamente a un peregrino -Hung Tsi- quien había tenido la osadía de manifestar ante ellos su intención de fundar un templo estelar apenas retornase a su hogar, en el lejano Szechuan. Esa misma noche continuó el hostigamiento: esta vez lograron herir a uno de los guardias que protegía el galpón, lanzando luego un explosivo que estalló contra sus paredes. Los daños fueron pocos, pero la amenaza adquirió de pronto un carácter material y ominoso. En los siguientes días los más íntimos amigos de Hankl recibieron llamadas inquietantes, asistieron impotentes a la destrucción de sus vehículos y sintieron que se cerraba a su alrededor un círculo de implacable odio. Los Desesperados habían logrado, en apenas unos días, llevar la tensión hasta un verdadero paroxismo.

Dukkok, mientras tanto, había proseguido con eficiencia la oscura labor que le encomendara el senador: pero lo hacía de un modo distinto a cuando se hallaba en el Servicio, con dedicación, casi con cariño, como si se tratara de una afición privada y personal. De nadie recibía órdenes y a nadie tenía que informar acerca de sus actos; por eso experimentaba una libertad que a él mismo lo asombraba. Sin proponérselo había aprendido a convivir maravillosamente con un pequeño grupo, el que integraban Gwani, Johnne y la dulce Swende.

Estaba siempre a disposición de los demás, entusiasta, lúcido, y nadie por supuesto se atrevía a poner en duda su lealtad al profeta y a la nueva fe. Ninguna reserva interior le impedía dar ese paso, pues sus convicciones no se contraponían a las del Hankl. En verdad lo admiraba. Las pocas prescripciones de los ecumenistas eran, para él, casi sus propias normas de vida: le agradaba pensar en un culto a las estrellas y compartía la actitud universalista y científica del profeta; en cuanto a los hijos, por otra parte, en nada le afectaba la opinión de Hankl, pues había logrado prescindir por completo de ellos. En realidad ni Dukkok mismo hubiese sabido decidir, en aquellos días, si él era algo tan absurdo como un espía

que trabajaba por su cuenta, o algo tan alejado de sus expectativas como un devoto de una nueva religión.

Sus contactos sexuales con Gwani habían sido esporádicos, por completo diferentes a los que hasta allí tuviera. Había sentido, al estar junto a ella, la extraña sensación de participar en una ceremonia litúrgica, en un acto ritual. Asombrado e impresionado había descubierto entonces que el sexo podía ser también una forma impensada de comunión, una manera de incorporarse al cenáculo profundo de los iniciados, y se había regocijado en la experiencia, admitiendo la novedad con espíritu abierto. Pero a sus relaciones, por eso mismo, les había faltado siempre esa espontaneidad casi telúrica que brota de los apasionamientos realmente subjetivos.

No había ocurrido lo mismo con Swende. Ella era algo mayor que Gwani y su temperamento, por completo diferente, la llevaba siempre a permanecer como distante:

-Es que aunque tú no lo creas, André, yo siempre estoy escuchando música. La siento en mi interior, fluyendo todo el tiempo, como si fuera más real que aquello que me circunda.

Una tarde, caminando los dos por la orilla helada del lago, había por fin aceptado tocar su Musint. Dukkok, poco habituado a tener cerca de sí a una verdadera artista, percibió de pronto toda la emotividad de una música que lo hacía sentir diferente, como si los sonidos le narrasen historias desconocidas pero que él mismo hubiese vivido alguna vez. Ese mismo día, poco después, la había tomado cálidamente de la mano, mirándola directamente a los ojos:

-Eres única, de verdad, Swende.

-Tú también. Y tú lo sabes.

-¿Por qué lo dices?

-¿Quién eres tú, Andreas Du Nott, a qué has venido?

-Ya te lo he dicho... -comenzó a responder, pero se detuvo. Sabía que la penetración de la muchacha descubriría las falacias con que corrientemente describía su vida y que la relación entre los dos, más profunda, se hubiese resentido de continuar con el organizado relato con que siempre encubría sus acciones.

Fue por eso que surgió entre los dos una amistad singular, cargada de silencios y de música. Disfrutaban estando juntos, simplemente, sin tener que arribar a confidencias ni a explayar sus sentimientos. Ella sabía que lo amaba -entendiéndolo aun sin conocerlo- y él sentía fuertemente atraído por ella, con un deseo que no podía ni quería ocultar. Nada tenía que ver la religión de los estelares en todo aquello.

El último atentado de *Los Desesperados* había sido verdaderamente insensato: habían penetrado en una casa, durante el desarrollo de una reunión, produciendo un incendio y destruyendo a su paso todo lo que encontraron. Hankl, debatiéndose entre el horror a la violencia y los deseos de luchar por la gente a la que tanto amaba, pasó una noche de vigilia y meditación. A la mañana siguiente, muy temprano, convocó a una reunión extraordinaria: él mismo hizo la selección de quienes habrían de concurrir. No se trataba esta vez de recibir a esperanzados peregrinos ni de un breve encuentro, como los que solía tener con algunos de sus íntimos para resolver cuestiones de la práctica cotidiana. Había ahora una situación especial, una auténtica crisis, y Hankl pensaba que era preciso tomar ya una decisión.

El grupo de Gwani, como muchos otros fieles amigos del profeta, fue convocado para el cónclave que habría de realizarse antes del mediodía. El sitio escogido era un antiguo barco que se hallaba sobre el lago, completamente rodeado por los hielos: se trataba de una embarcación de recreo, de estilizadas líneas, utilizada en el verano para realizar cortas excursiones. Su propietario era s'Mou, un anciano pequeño y silencioso conocido por su discreción.

Poco a poco fueron llegando los seguidores de Hankl, en veloces trineos o en esquíes eléctricos, solos o en reducidos grupos. Algunos tenían un aire preocupado -conscientes de las dificultades que los amenazaban; otros, en cambio, asistían a toda reunión como a una fiesta, renovados por la aventura espiritual que ahora vivían.

Du Nott y sus nuevos amigos arribaron temprano. El estaba satisfecho de hallarse ya en el círculo de los íntimos, y complacido por la compañía de Swende. Hankl, sentado a un extremo del salón, frente a una larga mesa, llevaba una vestidura completamente blanca que destacaba sus facciones: el oscuro cabello, las cejas pobladas, los ojos de mirada penetrante. Con un suave ademán lo llamó:

-Veo que ya estás aquí como en tu casa, hermano.

-Sí, Hankl -respondió con sencillez- así es.

-Tú eras luterano, verdad?

-Bueno, en la provincia de Helsinki me educaron así. Pero nunca fui creyente. No he sido un hombre religioso.

-¿Estás dispuesto a seguir con nosotros?

-Sí, con seguridad.

-¿Y qué piensas de todo esto?

-Hermano, yo creo que no hay que dejarse arrastrar por la ira, pero también pienso que necesitamos organizarnos mejor para poder defendernos. Mi opinión es que hay que fundar una gran comunidad mundial... y hacerlo pronto. No podemos seguir así, dispersos y paralizados ante la amenaza.

-No te preocupes, de eso hablaremos hoy. Dime, Du Nott, ¿estás usando aquí tu verdadero nombre? Me han dicho que alguien, con un apellido parecido, y muy semejante a tí, apareció varias veces en la TVD y en los notidiscos.

-Nada tengo que ocultarte, Hankl Ozay, y todo te lo contaré. Pero necesito hablar contigo a solas, con calma. Sólo te pido algo, algo que es para mí muy importante: confía en mí; no me juzgues sin oírme, puesto que en nada te he faltado.

-Confío en tí, tú lo sabes, y es por eso que hablaremos. Ya habrá tiempo para todo. Ahora, discúlpame, pero ya es hora de comenzar.

Aquella mañana, en el lento amanecer de las tierras del Norte, los estelares examinaron con atención la crisis en que se encontraban: eran un movimiento pacífico pero se sentían acosados y la violencia, para muchos, obligaba a adoptar ya una respuesta enérgica. Hankl Ozay escuchó pacientemente, durante casi dos horas, la propuestas de quienes se dirigieron a la asamblea: se habló acerca de una gran confraternidad mundial, de organizar la resistencia, de responder con dureza a los viles agresores. Luego, con transparente emoción, se irguió, quedó en silencio por un instante interminable, y comenzó a hablar. Lo hizo con voz firme y sostenida, modulando sus frases con lentitud, pero sin solemnidad:

-Entiendo los sentimientos de todos, que son también los míos. La carnicería debe terminar, pero es imposible convencer a los fanáticos o esperar mucha ayuda del gobierno de nuestras Naciones Federadas. No podemos enfrentar la violencia con la violencia, ya lo han dicho muchos de ustedes, porque ese sería un camino que nos llevaría a perder nuestra identidad y, en ese caso, sería preferible abandonarlo todo. No quiero agregar otra guerra más a la grotesca historia de las guerras religiosas. Pero algo hay que hacer, hay que organizarse, aunque todos sabemos que no por eso dejarán de existir las amenazas que en este mismo instante nos rodean. -Miró por un instante hacia afuera, hacia la blanca superficie del lago, y continuó-: Yo no me opongo a eso: quien quiera salir a recorrer el planeta en son de paz, edificando templos con nuestro símbolo, bendito sea. Que esas sean casas de alegría y de encuentro, que nadie salga de ellas si no se siente mejor que cuando entró. Quiero que los que vayan sean los sabios, los que saben, y no los sacerdotes ni menos los ministros de algún oculto ser sobrenatural. Sé que lo lograremos-. Hizo entonces otra pausa, elevó los ojos, y sin mirar directamente a nadie añadió:

-Pero eso tampoco es suficiente para lograr la paz. Anoche he comprendido, después de meditarlo largamente, que debo abandonar esta querida ciudad.

Un murmullo de asombro recorrió el estrecho salón del navío. Ante las caras preocupadas el profeta continuó, ya en un tono más íntimo:

-Siento que debo irme, hermanos, dejar Yellowknife por un tiempo, poner cierta distancia con lo que está ocurriendo; quizás eso haga que nuestros adversarios nos olviden. Pero además quisiera tener la ocasión de escribir con tranquilidad, de concentrarme en las ideas que tanto hoy se debaten y de evocar lo poco que he vivido. No es que pretenda redactar un nuevo libro sagrado; nadie mejor que yo sabe que ya son demasiados los que existen. Pero necesito alejarme de este clima de inquietud, saber que mi persona no contribuye a que haya más dolor en este mundo. Y sé que éste es el momento. Sorprenderemos a quienes nos acosan, nos replegaremos un poco y, mientras yo vuelvo a encontrar la paz que necesito, algunos de ustedes se dispersarán y fundarán nuevos templos: serán los primeros mensajeros de la fé ecuménica. -Esbozando una sonrisa agregó-: Los que quieran acompañarme pueden hacerlo, no preciso estar solo.

Hubo un breve debate, aunque poca oposición: la solución propuesta permitía, sabiamente, que cada uno pudiese adoptar el camino de su preferencia. Nadie podía negarle a Hankl idéntico derecho. Sólo se

exigió que los que fueran a viajar no difundiesen la noticia de la partida ni el sitio que Hankl, con la ayuda de Fredek, acababa en esos momentos de escoger. Poco después, a las tres de la tarde del 11 de febrero de 2144, Hankl Ozay abandonaba el navío con rumbo desconocido. Los fieles que iban a partir avisaron a sus más íntimos amigos y familiares, cautamente, mientras que algunos otros se disponían a emprender el camino de regreso a sus lugares de origen, para difundir la nueva religión entre los suyos.

Todavía al atardecer seguían llegando algunos peregrinos al barco del viejo s'Mou, a quienes éste atendía con imperturbable y silenciosa deferencia. Pero ya, hacia el Artico oscuro, viajaba la heterogénea caravana. Había quienes simplemente usaban sus jetskis, guiándose como podían sobre un terreno escasamente conocido; otros se trasladaban en los trineos a reacción, algunos lentos pero seguros y confortables, otros más estrechos y veloces. Un pequeño grupo, encabezado por Ferra y Fredek, se había adelantado al resto en una rápida nave aérea: iban a preparar -allá en la isla aún innominada- el alojamiento para los que vendrían detrás. Hankl, entretanto, se movía en un trineo eléctrico anticuado, descubierta, que apenas si lo protegía del frío.

Ana y Will no estaban entre los miembros de la larga caravana. A ellos, como dilectos amigos del profeta, les había tocado en suerte la peor de todas las escogencias: la de no poder escoger. Eran los llamados -y en eso había coincidido por unanimidad el cónclave- a fundar el templo de la amada Yellowknife, los que debían mantener en alto, aunque discretamente, la religión estelar en el propio sitio donde había nacido. s'Mou, de todas maneras, les había prometido su invaluable ayuda.



5

B

Por la suave pendiente del río que daba nombre a la ciudad se desplazaba el trineo de cuatro asientos que ocupaban Du Nott y sus amigos. Ellos no habían dudado: les atraían tanto la vastedad del Artico como la presencia galvanizante del profeta. Dukkuk había sido siempre, de algún modo, un aventurero, y los demás compartían su mismo deseo: querían estar en el mismo centro de los hechos, viviendo ese día supremo que, lo intuían, sería perpetuamente recordado. Luego de un rato, Gwani

-que conducía- le formuló por fin la pregunta que él había estado esperando:

-¿André, que te dijo el profeta cuando te llamó? Los vi hablando antes de la asamblea.

-Bueno, querida, no tendría que contártelo. Es algo bastante personal. Me preguntó si estaba seguro de querer seguirlo.

-Eso no es algo muy personal... ¿hubo algo más?

-Gwani, no seas así, tan inquisitiva.

-Ah! Swende, te lo agradezco, pero sé que hay ciertos rumores que circulan entre la gente y comprendo la curiosidad de Gwani -dijo Dukkok pensativo-. A ustedes no quisiera ocultarles nada.

-¿Qué es lo que ocultas tú?

-Tendré que contarlo, aunque quería que Hankl fuese el primero en saberlo. No quiero hacer un misterio de mi pasado.

-No seas ritualista Andreas, sabes que no practicamos la confesión, al menos no como los católicos -dijo Johnne.

-Es que es difícil de contar, más de lo que ustedes se imaginan... Verán, para comenzar por el principio: mi verdadero nombre no es Andreas Du Nott sino Pieri, Pieri Dukkok.

-Para mí continuarás siendo Andreas, o André, como te dice Gwani -dijo con firmeza Swende. Y agregó, preocupada-: Siempre sospeché que había algo oscuro en la historia de tu vida, algo poco convincente en las vaguedades que contabas...

Y entonces, mientras el trineo avanzaba con velocidad en la creciente penumbra, siguiendo las luces de otros que marchaban más adelante, Pieri Dukkok comenzó a narrar la complicada serie de sucesos que lo había llevado hasta allí:

-Hace algunos años, cuando vivía todavía en Helsinki, fui reclutado para el Cuerpo de Servicios Especiales de la Federación. Al principio, como a cualquiera, me asignaron tareas rutinarias, de poca responsabilidad, pero pronto comencé a viajar, trabajando en lo que denominamos

inteligencia y que ustedes llamarían simplemente espionaje. Tuve que recibir un entrenamiento riguroso, extenso, pero fue interesante.

La voz de Pieri era clara y pronunciaba las palabras lentamente, como si las escogiera una a una, intercalando innumerables pausas. Los demás, por ello, y porque hablaba con un tono cargado de dolorosa emotividad, no se atrevían a interrumpirlo ni a hacer comentario alguno.

-Hubo una misión, en el sur de Africa, que terminó realmente mal; murieron dos agentes y yo logré salvar mi vida apenas por milagro. Era la primera vez que el Servicio se involucraba directamente en acciones tan duras, y por eso se produjo una discusión entre los jefes. Todavía lo recuerdo, porque resultó muy desagradable. Creo que no hace falta que les cuente los pormenores de todo aquello; fue demasiado confuso. El hecho es que se creó una unidad de comandos, los Comandos Especiales, que quedó encargada de todas esas actividades que no podían llegar a conocimiento del público, pero que alguien tenía que hacer. A los pocos meses me nombraron jefe de los Comandos, que entre nosotros empezamos a llamar Cuerpo Epsilon.

El trineo recorría ahora un lago helado, que se veía casi azul sobre el fondo de las suaves elevaciones que lo circundaban. Avanzaban, solitarios, en medio de la desolación más absoluta. Dukkok, evocando momentos más felices, continuó:

-Creo que hice una estupenda labor. Concebí al cuerpo como un arma silenciosa contra el terrorismo y los grupos fanatizados que amenazaban en muchos sitios la estabilidad de la Federación; traté de que mis hombres tuviesen también un entrenamiento intelectual, no sólo militar o técnico. Les dábamos clases de historia, de filosofía, de política. En menos de tres años logramos desbaratar unas cinco o seis rebeliones de cierta magnitud, en lugares tan diferentes como San Francisco, Bombay o Kiev. Para mí eso era algo más que un trabajo, era luchar por una causa, como si fuera el velado protector de todo un planeta de millones de habitantes. Por eso casi no descansaba; vivía agotado pero feliz. Pero luego, desgraciadamente, todo acabó.

-Ya no perteneces a esos comandos? -se atrevió a preguntar Swende.

-No, por supuesto, desde hace bastante tiempo. Sucedió que algunos políticos comenzaron a inquietarse por lo que hacíamos: no les gustaba que interfiriésemos en lo que consideraban sus asuntos privados y por eso aumentaron los controles sobre el Servicio en general, y especialmente sobre nosotros. Nos prohibieron que nos ocupásemos de los centros de

terapia psicotek del Atlántico, donde habíamos encontrado cosas realmente deplorables, y que no interviniésemos en un alzamiento que se gestaba en el Yemen. Yo no les hice caso, naturalmente, y seguí adelante. Entonces, de improviso, me retiraron toda la confianza que me habían otorgado y se decidieron a destruirme. Me acusaron de infinidad de crímenes: dijeron que había usado fondos federales sin justificación, que desobedecía las órdenes superiores, que estaba tratando de crearme una base de poder personal para tomar el control de la misma Federación. Eso último era completamente absurdo, como comprenderán, pero insistieron en la acusación. Fui destituido y mi nombre apareció en las noticias como el de un ser corrupto y ambicioso.

Dukkok quedó en silencio.

-¿Te condenaron?

-Bueno, se abrió un juicio, que fue una experiencia horrible para mí: yo no tenía forma de defenderme porque todas las operaciones se hacían en forma absolutamente clandestina y no tenía por eso constancia alguna de las órdenes que recibía. No estaba en condiciones avalar mis actos. Por suerte, como yo conocía demasiados pormenores de la vida política de Mahón, nadie se atrevió a buscar directamente una condena definitiva. Durante bastante tiempo, les diré, temí más bien que me asesinaran. Pero simplemente se conformaron con apartarme. Hasta que, cuando ya parecía que tendría que pasar años en medio de una batalla legal silenciosa y torturante, apareció un día en mi casa el senador Dowwe, él, quien había sido el verdadero promotor de todo aquello.

Dukkok, aliviado por la confesión, terminó su relato comentando la entrevista que había decidido su llegada a Yellowknife. Al final dijo:

-Créanlo o no, soy ahora un hombre completamente libre, no trabajo para nadie. A nadie debo ni quiero engañar.

Iba acabando ya el corto día de las soledades nórdicas. Gwani había detenido el trineo, porque en la oscuridad que los rodeaba no podía conducir con seguridad y escucharlo a la vez con la atención debida. Una fina nevada comenzó a caer mientras el vehículo quedaba envuelto en un prolongado y equívoco silencio.

Gwani fue la primera en reaccionar. Abrió la puerta, como si se sintiera oprimida dentro del pequeño trineo, y bajándose del mismo gritó:

-!Eras un condenado y pestífero espía, André!

-Era -dijo él con calma.

-Deberíamos dejarte aquí, abandonado en la nieve.

Ella caminó unos pasos, furiosa, e impulsivamente recogió algo de nieve; se la arrojó con fuerza a Dukkok, que en ese momento se bajaba también del trineo. El vociferó:

-¡Eres más estúpida de lo que podría soñar en el peor de mis sueños!

Gwani, por toda respuesta, se agachó de nuevo y le arrojó otra bola de nieve. Pero esta vez él respondió: comenzó a perseguirla torpemente y a tratar de echarle nieve en la cabeza. Ya Swende y Johnne habían descendido, tratando también de alcanzarlos. Nadie podía alejarse mucho, porque la oscuridad era casi absoluta, y corrían más bien en círculos, alrededor del trineo iluminado, en el intenso frío. Aquello, en realidad, ya parecía más un juego que una auténtica disputa.

Fue Gwani, otra vez, la primera en detenerse. Soltó una larga y poderosa carcajada, mientras golpeaba con sus puños, sin demasiada fuerza, contra la gruesa chaqueta de Dukkok. Instantes después estaban todos abrazados, jadeantes, cubiertos en parte por la blanca y suave sustancia que había acabado por unirlos, riendo y empujándose. Swende, tomando la mano de Dukkok, le dijo:

-Ahora tendrás que contarnos muchas cosas, André! Las historias de espías siempre me han resultado fascinantes.

Pero Johnne, recobrando la seriedad, advirtió:

-Volvamos pronto al trineo, que me estoy congelando. Si no nos apresuramos podemos perder completamente el rumbo, porque la señal de guía ya es débil.

-Eso sí que sería espantoso!

La multiforme caravana remontó hacia arriba el helado río Yellowknife y luego, donde ya desaparecían los pinos y comenzaba el desierto infinito de la tundra, se aventuró por unas suaves colinas y unos lagos, hasta llegar al límite del continente. Siempre hacia el norte, y casi en línea recta, fue atravesando las congeladas aguas que la separaban de la gran Isla Victoria. Allí, en un improvisado campamento, se fueron

reuniendo para hacer una indispensable escala, pues había que recuperar fuerzas, poner en mejores condiciones los vehículos y distribuir provisiones. El viaje, hasta ese punto, había constituido un verdadero éxito: nadie los había hostigado o agredido, y la presencia de tanta gente no había sido advertida -en apariencia- por los escasos pobladores que habitaban la región.

El trineo que conducía Gwani llegó muy tarde, cuando ya algunos peregrinos comenzaban el último rastreo de verificación. Los relojes señalaban las diez de la noche pero la noche, en esas latitudes, no se medía en horas sino en días o meses. El cielo límpido del Artico mostraba las estrellas imperturbables en toda su pureza y ninguna estación espacial: éstas quedaban mucho más hacia el sur, sobre el ecuador terrestre, inaccesibles a la vista.

Hubo una reunión general, de carácter informal, en la que se hizo un breve recuento de lo acontecido: había tres heridos, producto de un infortunado accidente de un trineo anticuado; algunos esquiadores poco expertos se habían perdido, aunque sólo dos de ellos todavía no podían ser localizados; varios trineos más seguían avanzando aún hacia la isla, sin mayores novedades. Hankl Ozay se veía radiante, gozando del viaje, aunque mostrando también indesmentibles señales de fatiga.

Desde el campamento se comunicaron con Fredek y Ferra, que estaban ya al otro extremo de la isla preparando el arribo de los peregrinos y aguardando al Profeta. El tiempo, dijeron, era bueno, con vientos moderados y el frío habitual: unos treinta grados bajo cero. Les pidieron que, de ser posible, no llegasen todos juntos, pues ello complicaría el trabajo de recibir y acomodar a los viajeros. La improvisada asamblea decidió entonces que aquellos que pudiesen partir lo hicieran de inmediato, en un primer grupo, mientras que el resto saldría a la mañana siguiente. Eran en total unas trescientas personas.

Ana y Will, desde Yellowknife, les transmitieron un mensaje menos alentador. Se habían reunido con los peregrinos, en el frecuentado galpón, para explicarles detalladamente la decisión de la partida; muchos habían comprendido pero otros estaban decepcionados o expectantes, y en la ciudad se extendía un clima de nerviosismo al que contribuían la feroz alegría de quienes pertenecieran a la disuelta Hermandad de Dios y el estupor de otros enemigos, que en cambio se sentían burlados por la retirada del profeta y pretendían descargar su agresividad de cualquier modo. Hankl sugirió suspender toda reunión durante uno o dos días, de modo de crear cierta incertidumbre sobre el

destino de los viajeros y así desalentar la actividad de los fanáticos. De *Los Desesperados* nada concreto se sabía.

Hankl y Dukkok, a pesar del cansancio del primero, pudieron sostener en medio de la noche una larga conversación. El hombre que dirigiera el misterioso Cuerpo Epsilon, liberado por la confesión que acababa de hacer a sus amigos, se sintió relajado y cómodo ante el profeta, quien lo alentó con su pacífica actitud. Luego de repetir casi lo que dijera en el trineo, agregando algunos pocos detalles más, concluyó:

-Y ese es el único compromiso que retengo con la gente de Mahón, enviar al senador Dowwe un informe sobre nuestro movimiento.

Hankl lo miró fijamente:

-Dices *nuestro* movimiento: ¿lo haces porque lo sientes así, plenamente a conciencia?

-Sí, Hankl, y aunque todavía me siento un poco extraño al pensar en mí mismo como en un militante religioso, puedo asegurarte que me he convertido en un creyente, en un ecumenista. Te he contado todo, sin omitir lo que me incrimina, para que sepas que jamás te traicionaré. Suceda lo que suceda.

-De todos modos tendrás que enviar el informe ¿verdad?

-Quisiera hacerlo; es una manera de sentirme más alejado de ellos, de liquidar el último compromiso que retengo. Creo que en nada puede dañarnos y, no sé... no me gustaría faltar a la palabra que he dado.

-Eso esta bien.

-Pero sabes que tengo completa libertad para enviarlo en el momento que lo considere oportuno. Por eso, Hankl, te consultaré antes de hacerlo.

-Me alegro que así lo digas, hermano, me alegro sinceramente, porque no tenemos más oscuridad entre nosotros.

-Pero hay una cosa más, Maestro, una cosa que debo advertirte. Cuando compruebe que ya no soy un hombre a su servicio el senador, o alguien de su grupo, enviará con certeza a otros espías. Es probable que ahora, ante nuestra partida, estén tratando de averiguar con exactitud lo que sucede, que intenten infiltrar a alguien.

-Perderán su tiempo, porque nada tenemos que ocultar.

-Tal vez sea así, pero esa gente puede hacer mucho daño si se propone interferir en lo que hacemos. Los conozco.

Hacia el norte de la Isla Victoria, en el sitio en que ésta se repliega en la larga bahía de Hadley, se hallaba la pequeña población de Ventura. Los escasos bloques de plástico que conformaban casi todo el pueblo se habían dispuesto alrededor del lago, una extensión plana de hielo que parecía irradiar en la continua noche. Cerca de sus orillas también se hallaban la central eléctrica de fisión y los depósitos de víveres y equipos. Ventura había sido fundada un siglo atrás por el entonces poderoso gobierno del Canadá como puesto de observación meteorológica y guía para los navegantes que atravesaban, en barcos-deslizadores, el llamado Pasaje del Noroeste; no se descartaba que la población se convirtiese además en un centro minero y comercial.

Los comerciantes, los mineros y los criadores de osos -de los bellísimos osos blancos de la región- habían llegado poco a poco pero luego, atraídos por lugares más benignos, también se habían ido. Ventura había tenido sus días de auge, sin duda, pero éste no había sido ni duradero ni importante. Ahora la habitaban unos pocos aventureros que soñaban con negocios todavía no descubiertos, artistas que amaban la soledad y científicos de la renovada estación. Sólo a partir de junio se iniciaba la breve temporada turística; por eso sobraban en invierno las viviendas plásticas, especialmente las estrechas y poco elegantes de la primera época.

El sitio era ideal: alejado de las grandes rutas y de la inevitable curiosidad humana, poseía espacio disponible para habitarlo de inmediato y no tenía una gran población autóctona que pudiera resentirse de la súbita llegada de los estelares. Por eso lo había escogido Fredek, quien había pasado allí el verano anterior, apenas s'Mou le comunicara esa mañana los planes de Hankl. Ventura tenía además otra ventaja: muchos de sus habitantes -en particular aquellos que viajaban regularmente al sur- se habían convertido al movimiento de los estelares, o al menos lo veían con benevolencia y curiosidad.

A la mañana siguiente -la mañana era simplemente una claridad traslúcida que aparecía por el sur- arribó el último grupo de expedicionarios. Hankl, como varios de los otros, no había podido seguir viajando al descubierto, pues el frío era en verdad intenso y se sentía más

con el gradual agotamiento. Al llegar se vió reconfortado por una alegre recepción: decenas de banderas con el símbolo estelar eran agitadas en la penumbra del día, y una música triunfal se escuchaba en aire. La gente parecía de fiesta, visiblemente conmovida por el que era, sin duda, el acontecimiento más extraordinario de toda la historia de Ventura.

Enseguida instalaron, en una de las viviendas más grandes, una especie de oficina general que serviría a la vez como punto de reunión y como templo. Hankl, desmejorado por el viaje, decidió recuperarse allí descansando unas horas pero, cuando apenas comenzaba a disfrutar del sueño que tanto necesitaba, fue interrumpido por las voces y la agitación de quienes más cerca se hallaban. A través del compucom llegaban noticias alarmantes.

La situación en Yellowknife se había deteriorado seriamente durante la noche. Airados por el misterioso viaje del profeta Los Desesperados habían decidido lanzarse a la ofensiva: esa madrugada, después de encontrar la morada de los lugartenientes de Hankl, habían atacado brutalmente, destrozando su vivienda entre estallidos cegadores y gritos de guerra. Will, el pacífico, había sido secuestrado. Muchos ecumenistas, sintiéndose burlados y desafiados, habían salido en busca del despiadado grupo. El enfrentamiento acababa de producirse; según decía s'Mou, ni los policías locales ni la tardía aparición de los cascos azules había logrado detener la furia colectiva. El saldo era deplorable e impreciso: de tres a cinco muertos, algunas decenas de heridos, casi todos estelares. s'Mou se sentía consternado por el secuestro pero también algo confuso: lamentaba que, apenas marchado el profeta, sus seguidores hubiesen reaccionado de un modo tan violento, pero a la vez compartía intensamente esa voluntad de lucha que los demás sentían frente a la despiadada agresión. Lo que más le preocupaba era la imposibilidad de comunicarse con Ana, pues nada se sabía de su paradero.

Hubo una corta reunión a la que asistieron los que no estaban descansando u ocupados en acondicionar sus nuevas viviendas. La mayoría de los peregrinos se hallaba ausente en esos momentos, pues los viajeros procuraban organizarse para la vida cotidiana, aceptando los consejos y lo que proponían los más veteranos habitantes de Ventura. Hankl apenas habló. Sólo trató de explicar, una vez más, que ninguna provocación justificaba iniciar o continuar el camino de las infinitas represalias. Transmitió ese mensaje a s'Mou para que lo difundiera entre los fieles y luego se retiró.

Escogió una vivienda algo apartada: una casa de tipo tradicional -no un bloque plástico- bastante fría aunque espaciosa y dotada de todos los sistemas de comunicación necesarios. Fredek y Dukkok lo acompañaron por un rato, mientras acababa de instalarse. El profeta entonces dijo, a ellos y a otras dos amigas que en ese momento estaban allí, que por esa vez prefería la absoluta soledad. Pero varias horas después tuvo que salir de su aislamiento.

Viendo que Hankl no respondía a las insistentes llamadas Ferra sugirió a Carindha, que era algo así como la más cercana de todas sus acompañantes, que fuera a buscarlo hasta la casa. Era preciso reunir a la gente en el templo porque Ana estaba tratando de comunicarse y, aparentemente, tenía un importante mensaje que transmitir a todos. A los pocos minutos, mientras llegaba Hankl y decenas de peregrinos se agolpaban frente al compucom, ella logró entrar en la red. Con cara descompuesta por la tensión y la voz quebrada dijo:

-Hankl, ha ocurrido un desastre-. Los sollozos no la dejaban continuar; se veía agotada-. Han matado a Will... lo han torturado!. Es increíble, pero yo misma he visto su cadaver... lo torturaron y luego lo asesinaron, Hankl.

Rompió a llorar mientras las exclamaciones de horror y de protesta colmaban el improvisado templo. Hankl hizo un gesto, reclamando silencio, y preguntó:

-¿Fueron ellos?

-Sí, *Los Desesperados*.

-Y tú, ¿estás a salvo ahora? ¿no te han buscado?

-Creo que no saben donde estoy, pero apenas termine de hablar con ustedes me marcharé a otro lugar, para estar completamente segura. Todo es todavía muy confuso.

-Has podido hablar con la gente, con nuestros amigos?

-Sí. Ahora están un poco mejor, porque el Gobierno Federal ha ilegalizado a *Los Desesperados* y prometido castigar a ese monstruo que los dirige. Eso los ha tranquilizado un poco, y también tu mensaje, el que le diste a s'Mou. Algunos han podido acercarse para acompañarme en mi dolor y los peregrinos son muy comprensivos. Pero todo es demasiado triste para mí, hermanos, demasiado inesperado.

-Lo sé, Ana, lo sé demasiado bien. Es un golpe espantoso.

Ella, después de recibir las condolencias de los presentes, les informó que Yellowknife estaba retornando otra vez a la tensa calma de los últimos días. Los Desesperados se ocultaban, o habían huído, no era posible saberlo pues no habían dejado señales tras de sí. Antes de retirarse, pues no quería alertarlos con una transmisión tan fácil de detectar, prometió que en pocos días se volvería a recibir a los peregrinos.

Hankl quedó en silencio, impresionado por la súbita forma en que todo había cambiado, pero luego se dirigió al grupo que se agolpaba en la sala; ya la noticia se había difundido y casi todos se concentraban en el lugar, lo mismo que gran parte de los pobladores de Ventura.

-Hermanos ecumenistas, generosos habitantes de Ventura: ya conocemos la tragedia que ha golpeado a nuestro joven movimiento. Somos pacíficos y debemos seguir siéndolo. En momentos tan difíciles es cuando más reflexivos tenemos que ser: estamos lejos de los acontecimientos y eso tiene que ayudarnos a mantener la serenidad. Hay que superar la adversidad para salir, con más fuerza, hacia la conquista de todos los espíritus. Espero que quienes se hayan dejado poseer por la ira detengan la vorágine de sus mentes y retornen pronto a la calma: sólo son verdaderos principios aquellos que resisten las pruebas a que son sometidos.

Los fieles, alentados por el ejemplo indudable de sus palabras, lo rodeaban con emotiva expectación:

-Creo que nuestro amado templo de Yellowknife y la valiente Ana necesitan de nuestro apoyo. Dentro de muy poco tiempo varios de ustedes tendrán que regresar allá para confortarla, para concluir la organización de nuestro movimiento, para que la religión de las estrellas se afirme y se difunda. Yo, sin embargo, acompañado por algunos que deseen quedarse, continuaré con el trabajo que me he impuesto: debo dar forma más clara a mis ideas, acabar de escribir el mensaje que convoque a todo ser humano hacia la conquista del espacio exterior y de la paz interior.

Hankl bajó los brazos: en sus ojos se percibía el brillo de las lágrimas apenas contenidas. Un cántico, conmovedor y profundo, comenzó entonces a resonar entre las desnudas paredes de aquel remoto templo ecumenista.



El senador Florián Dowwe se hallaba en su despacho privado, reunido con uno de los once miembros del Gran Consejo Confederal: la doctora Dhurt'senma, a la sazón su presidenta de turno. La conversación era cortés pero no exenta de peligrosas ambigüedades, pues ambos luchaban desde tiempo atrás por imponer sus puntos de vista frente a la crítica situación de las colonias extraterrestres, el problema de las minorías nacionales y las migraciones. No parecía que esta vez fuera a lograrse, por fin, algún progreso.

Dowwe hizo un gesto al robot, y éste comenzó a preparar unas bebidas; tenía la información precisa para satisfacer a cada uno. En el momento en que la doctora se disponía a hablar y esbozaba una sonrisa de complacencia, fuera de toda lógica, se encendió la señal del compucom.

-Es extraño, este aparato no puede conectarse por sí mismo y he pedido absoluta privacidad -se excusó Dowwe.

Pero la señal continuaba sonando y el senador, curioso, lo conectó. No encontró las habituales codificaciones respecto al emisor del mensaje: no apareció siquiera nada en la pantalla, salvo una especie de dibujo geométrico, que era una simple interferencia. Se oyó sin embargo una voz, que venía distorsionada obviamente por una máquina traductora.

-Florián Dowwe, lo estoy viendo aunque Ud. no pueda hacerlo. Esta no es una transmisión legal pero he tenido que entrar en su línea de algún modo para que no me detecte.

-Quién es usted que se atreve a tanto?!

-Soy Rashawand Singh, *El Desesperado*.

-Ahora no puedo atenderlo, no, de ningún modo. -La doctora Dhurt'senma comenzó a retirarse, pero Dowwe la detuvo con un ademán expresivo: no le preocupaba que ella supiera de la inmensa red de relaciones que poseía en el planeta. Su imagen de hombre vinculado a grupos clandestinos de todo tipo, de político bien informado y del cual siempre se sospechaba una segunda intención, constituía para él un capital, no un timbre de descrédito.

-¿Quién está con usted?

-No tengo por qué decírselo.

-Pues entonces hablaré libremente...

-Hable.

-Habíamos llegado a un acuerdo, Dowwe, que Ud. acaba de romper: ahora su gente nos persigue como a animales. Tiene a ese Dukkok trabajando con ellos, y todo lo que yo he hecho para favorecer un renacer de la fe usted lo ha traicionado completamente.

-No es *mí* gente la que lo persigue, Singh. Ustedes han quebrado la ley abiertamente y por lógica tienen que hacer frente a las consecuencias; ¿qué espera, que la Federación lo felicite por un asesinato con secuestro previo? Además, ellos también buscan un renacer de la fe, no lo ha entendido?

-La religión del carbono! Algo repugnante: adorando un trozo oscuro de materia, regodeándose en el sexo más corrupto, ¿cree que así valga la pena la fe, que eso puede llamarse una fe?

-Hubiéramos podido entendernos si *Los Desesperados* no hubiesen actuado también como salvajes.

-En la Federación no hay orden, Dowwe, no hay un verdadero poder. Alguien tiene que hacerse cargo de los problemas que ustedes no resuelven.

-¿Para qué me ha llamado, Singh? Esto se está pareciendo demasiado a un debate por la TVD.

Hubo casi un minuto de pesado silencio. La voz de Rashawand sonó luego más débil:

-Quiero proponerle algo, Dowwe, algo que sé que usted está en condiciones de hacer-. Hubo otra pausa, ahora más breve-: Es algo simple: busque la forma de que no nos persigan, denos un poco de tiempo; sólo le pido algunos días, lo necesario para ordenar nuestros asuntos y completar la labor que hemos iniciado. Luego nos entregaremos.

-No puedo creerle, Rashawand, sinceramente. No puedo hacer tampoco pactos con gente fuera de la ley: debe entender cual es mi posición. Por otra parte, yo no deseo que se les haga daño alguno a los sectarios del carbono. Es un movimiento joven, que no parece amenazar a nadie; mi interés al respecto es puramente científico.

- Ahora soy yo quien no puede creerle: Pieri Dukkuk no es exactamente un científico.

-Dukkuk ya no trabaja para el Servicio, ni tiene nada que ver conmigo. Según parece está jubilado, de permiso... o algo semejante.

-No podemos entendernos si no muestra un poco las cartas, senador.

-Es que no quiero entendimientos con usted, Singh.

-Tal vez porque yo no le he propuesto todavía mis condiciones, lo que podemos ofrecerle a cambio de algunos días de libertad. Nuestro grupo es pequeño, sí, pero nuestras influencias son vastas: ahora mismo podríamos detener casi totalmente el conflicto del Tíbet, hacer que Boddhara adopte una posición más conciliadora, digámoslo así. No habrá violencia, se lo aseguro, y hasta podrán aceptarse las demandas de libre comercio de la Federación. Sólo le estoy pidiendo un par de semanas a cambio, senador.

A pesar de la presencia de Sonne Dhurt'senma, de esos ojos azules que parecían no perder el menor de sus movimientos, el senador levantó algo las cejas, esbozando una leve sonrisa. Mientras pensaba en una respuesta negativa, pero que *El Desesperado* pudiese interpretar también como positiva, la transmisión cesó: desaparecieron las interferencias de la pantalla y luego se oyeron sólo unas voces confusas, que no alcanzó a interpretar. Ella le dijo:

-Supongo que no accederá. Sería un crimen contra esa pobre gente.

-No, por supuesto, sería una locura. Además, aunque usted crea otra cosa, yo no tengo ninguna posibilidad de hacer algo como lo que él me pide.

Sin embargo, en esos mismos instantes, cobraba forma en su mente el mecanismo que preparaba para lograr que Rashawand Singh le concediese lo ofrecido sin tener que dar nada a cambio.

Horas antes de que se consumara el trágico destino de Will la ciudad entera había conocido de la peregrinación de los estelares. Rashawand, apenas lo supo, trató de evitar una muerte que ahora le parecía innecesaria, porque su objetivo era acallar al causante de todo aquello, a Ozay, al único responsable del diabólico mensaje que instigaba al pecado. El secuestro, en realidad, había sido decidido sin mayor premeditación: al constatar que Hankl no se encontraba entre los fieles Rashawand había estimado conveniente capturar a ese hombre alto, tranquilo, que parecía jugar un papel tan importante entre los fanáticos del carbono. Había pensado que, con él en sus manos, obtendría valiosa información y una posición de poder que favorecería sus fines: la aniquilación total del movimiento. Ahora, sin nadie ante quien negociar el destino del rehén, todo aquello comenzaba a carecer en gran parte de sentido. Por eso se dirigió enseguida a la pequeña casa donde habían retenido al prisionero, pero fue en vano; sus camaradas regresaban, en ese preciso momento, de un macabro viaje: acababan de trasladar a las afueras el cuerpo de la víctima. Nada pudo hacer, salvo reconvenirlos por su necia precipitación y por haberlo matado sin su consentimiento.

Luego los acontecimientos se sucedieron con velocidad: Yellowknife pareció de pronto abrazar la fe de los estelares y las calles se cubrieron de manifestantes que vitoreaban el execrable nombre de Ozay; el Consejo de la ciudad solicitó formalmente la expulsión de Los Desesperados y su ilegalización absoluta; en apenas tres horas un remoto y normalmente pausado tribunal de la Federación aprobó la medida. Viendo que todo se volvía súbitamente en su contra Rashawand ordenó a sus seguidores que abandonasen lo antes posible la ciudad pero, para su desgracia, cuatro de ellos fueron apresados mientras trataban de evadir un control caminero.

Los prisioneros se rehusaron decididamente a hablar. Salvo Ok-kae, un hombre robusto que fue identificado sin dilación como uno de los secuestradores, los demás no podían ser acusados formalmente por el crimen y, de todos modos, resultaba imposible obtener a través de ellos informaciones de valor, porque *Los Desesperados* no solían conocer los planes de su secta: se movían en el más absoluto secreto, sin recibir otra información que la estrictamente necesaria para llevar a cabo sus misiones. Eran precisos, austeros, carentes por completo de piedad.

Esa noche, ante el temor de que se cerrara el cerco a su alrededor, Rashawand Singh decidió partir. Escogió a dos hábiles camaradas - Warani Kaur y Orhenin- para que lo acompañaran a su sigiloso destino, mientras el resto de los sectarios acababa de marcharse hacia el

Oriente. Viajaron a pie a través de los bosques helados, durante más de seis horas, transportando sus mejores armas y un pequeño equipo de comunicaciones, hasta llegar a un sitio apartado donde él sabía que podría estar a salvo. La confusión general y la poca imaginación de los soldados impidió que corrieran la misma suerte que Ok-kae.

Arribaron, incansables, al refugio que los últimos *Desesperados* les prepararan antes de su apresurada dispersión. Se trataba de una antigua cabaña, abandonada en apariencia, que sin embargo contenía alimentos y un discreto pero indispensable sistema de calefacción; estaba al sur del lago, a bastante distancia de sus imprecisas costas, y les resultó bastante difícil hallarla en medio de tan absoluta oscuridad.

Warani era una joven que tenía una sensibilidad casi mágica para manipular equipos de comunicación. Por eso pudo confirmar, en poco tiempo, que nadie se había enterado de la existencia de la cabaña. Los federales buscaban a Rashawand en otra dirección, hacia los centros poblados o en las carreteras que conducían al más cálido sur.

Después de una noche relativamente tranquila, y gracias otra vez a la habilidad de Warani, *El Desesperado* tuvo la oportunidad de establecer contacto con Dowwe. La conversación lo satisfizo: sabía que había impresionado a ese repugnante politiquero y que, de un modo u otro, contaba con algún margen de libertad a su favor. Dispuesto a consumir, imperturbable, la tarea que se había asignado, ordenó a la bella Warani que rastreara el sitio adonde se habían marchado Ozay y su gente. Ella, que se sabía la más apreciada de todos sus discípulos, no pudo ocultarle su curiosidad:

-¿Qué opinas, Rashawand, accederá ese hombre a lo que le has pedido?

-No es nuestro problema, Warani. El va a hacer lo que le convenga, por supuesto, sin tener en cuenta para nada nuestros deseos. Ese hombre tiene mil palabras, todas engañosas, pero puede ayudarnos en nuestros planes si despertamos su codicia o su interés. Nuestro deber es acabar con ese astronauta blasfemo. Haga lo que haga Dowwe seguiremos adelante, aunque no contemos con su dudosa protección.

La ciudad del norte, entretanto, iba retornando a la calma. El pequeño destacamento de federales, junto a la policía local, había alcanzado a hacer unos pocos arrestos entre los más exaltados, mientras se disolvían

de un modo espontáneo los focos de inquietud. Los estelares seguían reuniéndose, aunque más discretamente, en diversos sitios de Yellowknife. Ana los dirigía pero ahora, más que recibir a los peregrinos que de todos modos seguían arribando, su actividad era la de organizar los grupos que constantemente partían en una especie de obra misionera que crecía con increíble rapidez.

La nube de sectarios y de fanáticos opuestos al profeta ya no se desplazaba hacia el sitio con el mismo entusiasmo anterior. Faltaba el atractivo de las predicaciones de Hankl, el ambiente vivificante que brotaba, cada tarde, de su presencia en el ya mítico galpón. Un remanente escaso, que se dedicaba más a la oratoria que a la acción, se empeñaba todavía en obtener la ilegalización de los estelares. Pero eran pocos, sin arraigo en el lugar y, para colmo, cada grupo actuaba de un modo diferente, enfrentándose con los otros a propósito de las convicciones y las creencias que cada uno poseía.

Muchos estelares habían regresado de Ventura, después de los primeros días, preocupados por la violencia y el martirio de Will. Venían dispuestos a divulgar las normas que harían de los estelares algo más que un agregado informe de cientos o miles de personas: su vocación era conformar una gran colectividad mundial, una iglesia regida por claros estatutos.

Hankl trabajaba, casi siempre ayudado por Dukkuk y Ferra, orientando a los que deseaban regresar desde el Artico. Se hacían pequeñas reuniones donde, poco a poco, se iban fijando normas de acción y escuetas prescripciones. Gwani era la encargada de despedir a los grupos, dándoles mensajes para Ana y s'Mou, y precisas instrucciones a seguir en Yellowknife. De este modo se había elaborado finalmente unas pocas reglas, sencillas y claras, que todos debían y podían acatar. Hankl recalcaba esto último:

-No debemos hacer como las religiones tradicionales que tienen prohibiciones tan rígidas que nadie puede cumplir por completo ni seguir durante mucho tiempo. Ningún alimento nos estará vedado, ni ninguna bebida. Pienso que es preferible premiar la moderación que castigar el exceso.

Los que recién llegaban del Artico traían la palabra del profeta -escrita en los diminutos cubos químicos, que podían leerse o escucharse en cualquier momento- y se encontraban con los demás en grupos de trabajo que discutían intensamente. Exponían las nuevas ideas en reuniones religiosas o en conversaciones informales, en que

confraternizaban con los peregrinos que deseaban incorporarse a la nueva fe. No eran pocos los que de inmediato comenzaban a preparar su partida hacia el sur, hacia las distantes ciudades en las que intentarían difundir su credo.

Los estelares habían tomado ciertas precauciones para que no los siguiesen hasta Ventura: prescindían casi del uso del compucom, no transmitían TVD, viajaban lo menos posible y hacían correr rumores en Yellowknife respecto a nuevas migraciones. Dukkuk había hecho creer, con relativo éxito, que el Profeta se hallaba ya en una aldea del Kivú, en lo más recóndito del Africa. Pero no era fácil sostener el engaño: los ecumenistas eran muchos, y en Ventura habitaban además otras gentes, que difundían las noticias a pesar de sus promesas de guardar el secreto. Resultaba imposible controlar la euforia de los peregrinos que regresaban a la ciudad, las travesuras de los científicos que mandaban crípticos mensajes a sus colegas, la creatividad de los bailarines que se proponían ofrecer un espectáculo alegórico con motivo de la llegada de un profeta a sus lejanas tierras. Warani, ayudada por tantos datos a su disposición, tardó menos de tres días en averiguar el exacto paradero del Hankl Ozay. Llegó incluso a determinar, demostrando así toda su sapiencia, que el grupo que permanecía en Ventura se había reducido grandemente:

-Ya no quedan más que unos cien, Rashawand, poco más o menos. La mayoría va retornando hacia el sur porque están convencidos de que deben extenderse por todo el mundo. Capto con facilidad los mensajes de despedida, las transmisiones de los trineos que se dirigen hacia la ciudad.

-Pero Ozay, ¿sigue en la isla?

-Sí, de eso estoy segura. Recibe mensajes dos veces al día, directamente de Yellowknife.

-Entonces tendremos que ir hasta allá. Y pronto. No podemos dejar que se nos escape de entre las manos.

Pero la empresa no era fácil: tenían que recorrer una gran distancia y no disponían de medio alguno de transporte. Había que atravesar más de mil kilómetros de desolada tundra sin que las patrullas federales los descubrieran y sin poner sobre aviso a la gente de Ventura. Discutieron largamente todas las alternativas hasta que por fin se adoptó un plan de Orhenin. Era preciso conseguir primero unos jetskis -porque un trineo sería fácilmente detectado en un viaje tan largo, y no se podía dar por cierta

la protección de Dowwe- y luego seguir un itinerario más largo pero más seguro:

-No podemos atravesar el Lago de los Esclavos, maestro, porque nos avistarán con seguridad. Tenemos que mantenernos al sur de la gran carretera y marchar hacia el este, para cruzarla unos kilómetros antes de Dubawnt, en la parte más solitaria. Recién allí podremos dirigirnos hacia el norte y pasar a la isla, alcanzando su extremo oriental. Entonces seguiremos, bordeando la costa, hasta alcanzar Ventura por el *norte*, no por el sur. Ellos no van a estar preparados para eso.

-El viaje así es más largo, sin duda.

-Sí, unos trescientos kilómetros más. Pero es la única forma segura de llegar hasta ese paraje. La propia soledad de la isla los protege.

-Bueno, así lo haremos. Hay que conseguir todavía los jetskis y preparar las armas. Tendremos que viajar en la oscuridad.

-Sí, naturalmente -dijo Orhenin, y prometió-, en muy poco tiempo todo estará todo preparado, maestro.

Rashawand, impaciente ahora, vivió como una tortura los dos días que necesitaron para organizar la partida. Los jetskis fueron comprados en un poblado que estaba muy próximo a Yellowknife, pero gracias al encanto de Warani se evitaron incómodas preguntas. Todo el equipo fue revisado innumerables veces. Los preparativos para el viaje debían ser extremadamente cuidadosos: en un clima como ese, el más pequeño error podía significar la muerte. El día 18 de febrero, apenas oscureció, salieron los tres fanáticos rumbo al helado territorio que parecía extenderse, monótono, siempre un poco más allá del horizonte.

El viaje resultó más fatigoso y lento de lo imaginado, porque el terreno - aunque prácticamente llano- carecía por completo de señales. La noche era intensa y el frío comenzaba a penetrar en los trajes después de unas pocas horas de marcha. Anduvieron toda esa tarde y esa noche hasta casi el amanecer y buscaron refugio en una ruinas aisladas, a escasos kilómetros de la gran carretera que se veía a lo lejos como un resplandor azul blanquecino. Era una vieja construcción que apenas si los protegía del frío reinante y de la búsqueda que se llevaba a cabo en todo el inmenso territorio; llevaban ya diecisiete horas continuadas de viaje. Allí pudieron descansar, comer algo más que las exiguas raciones de los trajes y establecer correctamente el rumbo sucesivo. Estaban, para su fortuna, ya muy cerca de Dubawnt.

Hacia el mediodía, cuando la claridad era mayor, se produjo un incidente que los llenó de aprensión: vieron de lejos una patrulla -dos veloces trineos azules- y oyeron a la vez el ruido del reactor de un esquicóptero. Durante tensos minutos esperaron con ansiedad el posible ataque, mientras la patrulla se acercaba como dirigiéndose directamente hacia ellos. Pero, apenas a unos doscientos metros de distancia, ambos trineos se separaron; rodearon prácticamente las ruinas -que sólo examinaron brevemente- y se dirigieron por diferentes vías hacia donde ahora volaba la nave. No habían podido encontrar indicios de su presencia porque ya las marcas de los jetskis se habían confundido en medio del paisaje. La experiencia, aunque sin consecuencias, les produjo un profundo desasosiego y los impulsó a seguir hacia adelante, hacia parajes que fuesen menos frecuentados.

Sin haber descansado más que unas pocas horas, esa misma tarde, apenas oscureció del todo, enfilaron hacia el norte. Atravesaron la gran carretera por debajo de un pequeño puente, con mucho cuidado, para evitar la detección de los sensores que hubiesen podido colocar los federales. Era una operación riesgosa pues se trataba de una carretera de primer orden, permanentemente iluminada, que podía estar patrullada por la guarnición de Dubawnt. Pero nadie los vio y eso, en realidad, era bastante previsible: las Naciones Federadas no estaban acostumbradas a las guerras ni a las rebeliones armadas, y menos aún en lugares como aquel, donde la vida apenas si se afirmaba ante los duros elementos. Las tropas eran relativamente escasas y, probablemente, se habían desplazado más hacia el Oeste, hacia la isla donde se encontraba el nuevo grupo religioso con su profeta del espacio. Tal vez Dowwe -pensó Rashawand- de una manera u otra les estaba facilitando las cosas.

Esa segunda jornada fue, en muchos sentidos, mejor que la anterior: es cierto que el cansancio, después de pocas horas de reposo, llegaba más rápidamente, como en incontrolables oleadas; pero ya estaban más lejos de la posible vigilancia de los federales y, más confiados, enfilaban directamente hacia su destino. La noche, por otra parte, resultó excepcionalmente benigna. Acamparon cerca del lago Pelly, discretamente, colocando debajo de un barranco la tienda blanca que apenas si podía distinguirse desde el aire. El día duró poco, aunque decidieron esta vez demorarse algo más para evitar una marcha demasiado forzada que, a la postre, podría resultar contraproducente. Salieron nuevamente, con la feroz determinación de seguir siempre hacia el norte, y cerca de la medianoche se enfrentaron al límite del continente, a lo que se llama el Golfo de la Reina Maud: una extensión helada de unos ciento veinte kilómetros de ancho, barrida por los vientos,

que se utilizaba a veces como vía de comunicación. La travesía fue difícil.

No había casi forma de orientarse en la terrible oscuridad y el aire recorría la planicie con dureza, obligándolos a agacharse y a marchar muy despacio; de otro modo podían perderse irremisiblemente en muy pocos minutos. Varias horas batallaron así hasta que, agotados y temblorosos, hallaron por fin el suelo de la isla. Orhenin, el único de los tres que poseía una constitución física vigorosa, los ayudó a recorrer unos pocos kilómetros más. Deteniéndose con frecuencia pero sin cejar en la empresa, penetraron en el interior del territorio que habían señalado como su meta.

Tuvieron que andar todavía otra noche, en medio de un paisaje solitario de lagos deshabitados para llegar, una madrugada tal gélida y ventosa como todas, a las cercanías de Ventura. Estaban consumidos, sin fuerzas para seguir una hora más. Con sus últimas energías -y sobre todo gracias a Orhenin, porque los otros dos ya no tenían vigor ni para eso- construyeron, en una escarpadura helada un pequeño escondite donde instalaron su tienda de campaña. Debieron dormir muchas horas, de verdad, antes de estar en condiciones de trazar un plan de acción.



7

N

Muchas veces me sucedió, especialmente después del primer año, cuando leía algún pasaje de suprema belleza, o me era dado ver colores y formas inconcebiblemente hermosos. Mi espíritu alcanzaba la paz, el sentimiento de armonía, hasta un alegre bienestar que hacía que parecieran leves todos mis padecimientos. Trataba de dormirme así. Y entonces, al poco tiempo, regresaban: los sueños confusos de persecuciones e improperios, las angustias conscientes, la total e irreductible soledad. La mente no podía superar completamente la tosca textura de los hechos, y terminaba entregándose. A pesar de mis esfuerzos renacían el dolor y las realidades de mi encierro. Finalmente comprendí que no era en vano: aún después de la derrota conservaba en mí el recuerdo del éxtasis y de las maravillas del cosmos, y podía continuar. Por eso me encontraron.

De Confesiones y Recuerdos, por HANKL OZAY

Muchos habían sido los cambios ocurridos en Ventura después de la primera semana de incesante actividad. Al comienzo los ecumenistas habían casi duplicado la población del sitio, fascinando y convirtiendo a muchos, aunque perturbando las firmes costumbres de algunos otros. La paz del remoto lugar se había quebrado: todos los días había reuniones y asambleas y actos litúrgicos, mientras las escasas calles mostraban un movimiento inusitado. Pero luego, con el regreso gradual de la mayoría, el poblado fue retornando a su cauce. Los *Hanksis*, como comenzaron a llamarlos, se integraron como uno más de los grupos del mismo a medida que su número se hizo más pequeño. Pronto llegaron a ser menos de cien personas, sin incluir entre ellas, por supuesto, a las decenas de nuevos conversos que participaban ya regularmente en las ceremonias y los ritos.

En esos pocos días se había conformado también un núcleo de adeptos que empezó a funcionar como una especie de consejo; lo integraban unas ocho o diez personas. Ellos, junto con el grupo que encabezaba Ana en Yellowknife, pasaron a desempeñar la dirección efectiva del movimiento, dado que Hankl vivía más bien retirado y se dedicaba casi exclusivamente a sus meditaciones y sus escritos. Pero Hankl no estaba solo pues Carindha, una joven discreta y solícita de la que poco se sabía, lo acompañaba permanentemente y compartía con él la fría casa en que habitaba.

Dukkok se había reunido varias veces con el profeta para debatir la forma de organización que habrían de adoptar. Se había pronunciado a favor de un sistema sencillo, en verdad poco original pero suficientemente probado:

-Donde haya un grupo de fieles, Hankl, ellos deberán integrarse en lo que ya llamamos una *comunidad*; cada comunidad tendrá un pequeño consejo para la dirección de los asuntos del culto, y estará encabezada por un *Guía*. Las comunidades se agruparán geográficamente en *zonas*, y las zonas en *capítulos*, más o menos coincidiendo con las provincias y estados de la Federación; tendrá que formarse un Consejo Mundial, o algo semejante, lo mismo que otros consejos para cada región, capítulo, planeta.

-Parece simple en principio... está bien. Pero me gustaría que trabajaras para que eso que propones fuese también flexible. En realidad, lo que me preocupa es otra cosa, Dukkok: es cómo evitar que surja una competencia por el poder, que la gente, sin proponérselo, comience a

disputarse la conducción de nuestra iglesia... Tal vez eso es inevitable, lo sé, pero quisiera que pensaras en alguna forma de impedirlo.

Dukkok, con entusiasmo, trataba de adaptar sus tan diferentes experiencias a la tarea que tenía asignada.

Con Ferra, un buen conocedor de la historia del catolicismo, Hankl Ozay debatía a menudo sobre las reglas básicas de vida que todo estelar debería seguir. No deseaba algo tan rígido como el compromiso semanal de la misa cristiana sino unas exigencias mínimas, fuera de las cuales existiese completa libertad para asistir a las reuniones del culto, que tendrían que tener alguna relación con las efemérides astrales. Hankl había sugerido al pasar que a cada hanksi, alguna vez en la vida, le haría bien repetir en pequeña escala una experiencia como la suya:

-Eso sería como un retiro riguroso, algo tal vez excesivo para la mayoría de los hombres... -había objetado Ferra.

-Quizás... es una simple idea. Aunque no resultaría tan difícil de cumplir si fuera por unos pocos días, a libre elección de cada quien y una sola vez en la vida. Es una experiencia reveladora, Ferra, conocer lo que significa el verdadero aislamiento.

Sólo ante el cuidadoso Iya, en cambio, Hankl se atrevía a discutir la obra escrita a la cual, laboriosamente, iba dando forma, dedicándole horas de paciencia y de verdadero amor.

Todos, en general, trabajaban con buen ánimo, con alegría. Hankl los alentaba a no engañarse a sí mismos, a tomar conciencia de sus limitados conocimientos, de sus dudas, de que estaban creando algo grande sin clara noción de cómo hacerlo: no quería que una especie de prematura soberbia los llevase a sentirse como elegidos, como semidioses diferentes al común de los hombres. Porque él, el Profeta, el maestro venerado cuyas palabras eran recogidas y estudiadas en todo momento, pensaba con modestia acerca de sí mismo: frecuentemente se sentía débil y desconcertado, asombrado aún por el giro prodigioso que había consumado su vida e incapaz de llevar a cabo la grandiosa tarea que se había impuesto. Rodeado por la vastedad del Artico, tan semejante a aquella del espacio exterior, vivía una existencia retraída y sencilla. Su salud se había deteriorado en Ventura, a pesar de que las máquinas médicas que había en el poblado no eran capaces de detectar ninguna anomalía orgánica.

Hankl miraba el horizonte blanco, de lejanas montañas, meditando en lo poco que había conocido del mundo antes de embarcarse como astronauta. Su vida había sido pobre en experiencias, pensaba, y ahora se sentía conmovido por la amplitud del movimiento que encabezaba, por la reverencia de sus camaradas, por el afecto y la dedicación que recibía sin cesar.

-Esta es la primera vez que estoy en el Artico, Carindha. No me arrepiento de haber venido aquí, pero a veces pienso que deberíamos haber viajado hacia otro sitio, hacia algún lugar más cálido... más humano.

-Creí que tú conocías toda esta región, que te hallabas en tu elemento.

-No, yo soy de la ciudad, este paisaje me resulta completamente extraño. Quisiera sentirme mejor. En las noches vuelven a mí los sueños que tuve allá, los mismos sueños, y es como si estuviera encerrado todavía en la cápsula, temiendo abrir los ojos porque se que voy a encontrar otra vez la absoluta soledad. Es el horror del sueño en que me acosan y es todavía más, el presentimiento de que el verdadero horror se halla después, al despertar.

-Pero yo estoy contigo, Hankl. Ya sé, me doy cuenta cuando te agitas y no puedes dormir. Si pudiera ayudarte.

-Me ayudas, Carindha; es tan bueno que hayas venido a vivir conmigo. Sólo quisiera tener más energías para poder continuar con todo lo que me he propuesto hacer.

-Tendrás que hacerte ver por médicos de verdad, Hankl. Tu caso es muy especial y estas estúpidas máquinas no están preparadas seguramente para comprenderlo.

-Sí, es posible que ya, a esta hora, hayan muerto todos los que me acompañaron en el viaje hasta Júpiter... siempre pienso en el destino de esa pobre gente.

En ese momento, después de la señal electrónica y de la espera usual, entraron a la estancia Swende y Gwani. Se saludaron con afecto. En los pocos minutos siguientes fueron arribando los restantes invitados: estaban por supuesto Dukkok y Ferra, y también la anciana Nakoki, Johnne, Iya, y Fredek. A medida que llegaban parecía renacer en Hankl esa actitud confiada, esa especie de alegre simplicidad que a todos encantaba.

Debatieron acerca de los primeros informes, que llegaban desde Río de Janeiro y Moscú, a través del enlace que les proporcionaba Ana: en varias ciudades se comenzaba a desarrollar el culto ecuménico y los fieles, al igual que en Yellowknife, se contaban por cientos y por miles. Por doquier había interés, expectación, aunque también amenazas y problemas. Pero ahora, afortunadamente, las Naciones Federadas ponían algo más de celo en protegerlos de los incontables fanáticos.

Luego se habló de los escritos de Hankl. Y éste, nuevamente melancólico, esbozó una disculpa:

-Se que han grabado ya mucho de lo que digo y lo que escribo, hermanos, pero creo que no es eso lo mejor. No quiero que me endiosen ni quiero que mi palabra, cualquier cosa que diga, se convierta por ese sólo hecho en verdad para los otros. He pensado largamente sobre el tema y he comenzado a escribir una pequeña obra, personal y sencilla, con mis recuerdos y mis confesiones, con algunas ideas de las que me siento seguro. Creo que así se llamará, Confesiones y Recuerdos. Sé que hay muchos que desean que redacte un nuevo libro sagrado, pero mi propósito no es ese: no quiero que nuestro pensamiento se encadene a algunas pocas fórmulas rituales, que se lo reduzca simplemente a un texto venerado.

-Bueno, Hankl -dijo Dukkok- lo importante es que estén tus ideas, las propuestas básicas que tanto nos han impresionado a todos. El resto déjalo en nuestras manos, que ya nos organizaremos para difundir tu palabra. Precisamente acabo de completar lo que te había prometido.

Enseguida desplegó una agradable proyección holográfica, en tres dimensiones, donde se podía apreciar de una ojeada el conjunto de asambleas regionales y capitulares, el papel de los consejos, las relaciones entre los templos y los diversos guías que se habrían de elegir. Todo lo explicaba con claridad y orden, pausadamente pero sin circunloquios, de modo que los otros pudieran entenderlo. Gwani finalmente exclamó:

-Bravo, Andreas. Es bueno tener a un auténtico profesional entre nosotros, ¿no les parece?

Todos rieron y Hankl, entrecerrando los ojos, le dijo:

-Recuerdo que tenías una deuda pendiente con un senador, Andreas. No sería bueno mandarle una copia de esto ahora y saldarla de una vez? El quedará satisfecho y nosotros nada perderemos, porque se trata

de algo que pronto será público y que, en definitiva, es bastante inocuo. Creo que a él le interesará conocerlo de antemano.

-Eso mismo pensaba yo. Y creo que una conversación tuya con él quizás nos pueda resultar conveniente. Aunque Dowwe no nos pueda garantizar nada, él tiene auténtico poder: está en condiciones de ayudarnos, si se lo propone, y de lograr que controlen a los peores sectarios, a los que predicán con las armas en la mano.

-Pero hay que tener cuidado, Andreas. Tú mismo nos has contado de las intrigas de que es capaz ese hombre.

-Por supuesto, yo lo conozco bien. Sería muy peligroso llegar a un pacto o cosa semejante: nos usaría sin piedad. Pero podemos en cambio tratar de que no se incluya entre nuestros enemigos; exigirle al menos la protección que nos corresponde por ley.

La reunión ya se disolvía. Mientras abandonaban la casa, entre risas y bromas, se comentaba acerca del pronto regreso al sur: sólo quedarían unos pocos, mientras Hankl terminaba de dar forma a sus Confesiones. Algunos pensaban en la amada Yellowknife mientras que otros, oriundos de muy diversos lugares, planeaban los que habrían de hacer en más distantes horizontes.

Al salir, rutinariamente, Dukkok observó los alrededores. Divisó una confusa luz rosada a unos quinientos metros de distancia y -entonces- su cara se transformó súbitamente. Alcanzó a gritar, mientras se arrojaba sobre el hielo:

-!Al suelo todos! !Nos atacan!

Algunos todavía reían de lo que suponían una teatral ocurrencia suya, cuando un estruendo atroz pareció arrancar de raíz a la antigua vivienda. Surgían veloces llamaradas de las paredes y otros estallidos, algo menores, volvían a conmover a todo lo que se hallaba alrededor. Dukkok, levantándose, rodeó la casa gritando a los sobrevivientes para que lo siguieran:

-!Rápido, a mi trineo, no hay tiempo que perder!

Dos cadáveres, el de Nakoki y el de Carindha, yacían ante lo que había sido la entrada de la casa. Johnne tenía una profunda herida en el antebrazo y todos gritaban con pavor. Los atacantes seguían lanzando, a intervalos regulares, nuevos proyectiles. Pero las paredes de la vivienda

eran sólidas y eso impedía que hubiesen nuevas víctimas. Así, cuando un poderoso láser brilló a lo lejos, amenazante, ya los ocho estelares sobrevivientes recorrían veloces en sus trineos la corta distancia que los separaba del centro del poblado. Hankl, mirando hacia atrás, parecía profundamente perturbado.

Los siguientes minutos fueron de una confusión indescriptible. Ante la casa de reuniones se agolpaba ya mucha gente, gritando y discutiendo; otros corrían o preparaban sus trineos, mientras que el herido era trasladado rápidamente hacia la sala de curaciones. Dukkok pensaba que lo mejor era prepararse de inmediato para la defensa: recoger las armas disponibles, averiguar quiénes y cuántos eran los atacantes, construir algún tipo de barricada que los protegiera. Ferra, entretanto, trabajaba febrilmente con el compucom: ya había alertado a Yellowknife y creía que lo mejor era llamar a los federales. No faltaban quienes, abrumados por la súbita violencia, pidiesen a los visitantes que se fueran:

-!Váyanse, váyanse todos! ¿No ven que están causando la ruina de Ventura?! -decía una pareja de ancianos aterrados.

Hankl callaba. Sentía otra vez que el círculo diabólico de la violencia se cerraba implacable, como cuando la *Betelgeuse* se aproximaba al gran planeta blanco, y no podía apartar de sí la imagen del cuerpo destrozado de Carindha. Alrededor de él todo se hacía a la vez, desordenadamente: algunos partían ya hacia el sur, sin esperar las decisiones de los demás, pensando que lo mejor era alejarse inmediatamente de aquella peligrosa desolación; Ferra seguía frente al compucom hablando con autoridades y con amigos; Dukkok, hábil para organizar grupos de voluntarios, y usando algunos sensores infrarrojos, había logrado establecer que los atacantes no eran muchos y que ya no disponían aparentemente de armas de gran poder. La resistencia, por ello, ya no era un problema, aunque veía lo difícil que sería pasar a la ofensiva: ellos tampoco tenían más que algunas pocas armas, viejas pistolas de caza y fusiles de corto alcance. Poco se podía hacer por el momento.

En medio de la agitación incontrolable, bajo la noche inmensa e inhumana de la isla, Hankl arribó a una decisión desesperada. No quería una batalla: eso era lo último que podía aceptar, la confesión de que esos fanáticos eran capaces de arrastrarlo a la brutalidad de la lucha, que además presentía larga y cruel; no quería morir tampoco así, acorralado en la oscuridad, esperando simplemente el golpe de gracia que pudiera llegar desde cualquier parte. En ese momento se

escucharon unas fuertes detonaciones, producto de los fusiles anticuados que se habían llevado quienes patrullaban la noche. Hubo luego un silencio general, que Hankl aprovechó para hablar:

-Está bien todo lo que hacen, mis queridos amigos -dijo alzando las manos, sosteniendo una mirada que no lograba fijarse completamente en nadie-. Busquen ayuda y traten de apresar a esos bandidos, pero no luchen contra ellos. Nada justifica que haya todavía más víctimas. Pero yo, sin embargo, me marchó. -Volvió a alzar sus brazos, ante el murmullo de los demás, y agregó:- No voy a pedirles ahora que me sigan, como cuando nos reunimos en el barco de s'Mou, porque comprendo que la situación es ahora diferente. Sé que podrán sentirse abandonados, porque con amor me han seguido hasta tan lejos, pero es mi deseo de paz el que me aleja, quizás mi debilidad, de ninguna manera mi deseo de separarme de ustedes. Pero no puedo evitarlo, sé que tengo que irme de aquí, desaparecer, dejar atrás los sitios habitados. Me internaré entre los hielos y volveré cuando esta pesadilla haya pasado. A todos los amo profundamente, a todos, pero debo irme solo.

-Te matarán!, si vas solo te matarán!

-Hankl, no puedes irte así.

-¿Adónde te irás?

Las protestas y los razonamientos de los demás en nada pudieron cambiar lo que había resuelto. Sólo aceptó finalmente dos cosas: utilizar el mejor trineo disponible y compartirlo con algunos camaradas; de hecho, no podían ser más de tres. El mismo Profeta, ahora tan visiblemente perturbado, escogió a sus acompañantes:

-Dukkok, -dijo- tú que eres un hombre de acción, capaz de no perder la calma, quisiera que me acompañaras. Y también tu mujer, Swende, para que esté contigo y conduzca el trineo: pocos lo saben hacer como ella. - Recorrió con la mirada al círculo que formaban los presentes y se detuvo ante Iya:- Me gustaría que tú también estuvieses conmigo, hermano, para que juntos terminemos de dar forma a lo que estoy escribiendo.

En los minutos que siguieron, mientras el vehículo era convenientemente equipado y dispuesto, hubo una intensa persecución: se hizo una batida por los alrededores que acabó en un breve combate. Fredek de inmediato le informó a Dukkok:

-Los encontramos, hermano, ya oíste los disparos. Lo lamento, pero tuvimos que tirar a matar. Tenemos tres heridos, nada grave, pero hemos logrado hacer un prisionero.

-¿Quién es?

-Es una mujer, y no ha dicho nada todavía, pero parece pertenecer a la secta de *Los Desesperados*.

-Era previsible... ¿crees que son muchos?

-No, quedan solamente dos, casi con seguridad, porque hemos descubierto también el sitio donde acamparon, como a dos kilómetros de aquí.

-Probablemente el mismo Rashawand sea uno de ellos...

-Sí, todo parece confirmarlo. Pero hay algo más, y algo bastante malo: han logrado apoderarse de un trineo, del que estaba cerca de la casa.

-Es una máquina vieja... un Sled...

-Sí, pero es muy probable que intenten atacar otra vez; tuvieron que abandonar el gran láser que traían, pero pueden poseer algunas otras armas.

-Entonces nos vamos. Hankl no está bien y no podrá resistir más enfrentamientos.

Ya Dukkok había logrado establecer un sistema de comunicación, algo precario, que lo mantuviera en contacto con la poca gente que permanecería en Ventura. Era indispensable no quedar aislados durante este nuevo viaje, que él seguía sintiendo como innecesario, casi absurdo, porque sabía que El Desesperado poco hubiera podido hacer contra el sistema de defensa que ya tenía prácticamente organizado. Ferra aseguraba, además, que en menos de tres horas llegaría un destacamento de Federales para capturar al sectario. De todos modos, ante el temor de un nuevo intento del fanático, y viendo el estado depresivo de Hankl, Dukkok decidió que ya era hora de partir:

-Vámonos ya, Swende, no queda otra cosa por hacer. ¡Esperamos estar pronto de regreso, hermanos!

Hankl levantó su mano, lentamente, saludando a quienes lo rodeaban. En todos se notaban tanto el afecto contenido como la inevitable aprensión que el nuevo viaje provocaba.

Pocos instantes después el veloz trineo, completamente aprovisionado, se alejó rumbo a la inacabable noche.